

José María Fernández Nieto

ANTOLOGÍA

Presentación y selección de Marcelino García Velasco

Calamo



José María Fernández Nieto nace en Mazariegos de Campos (Palencia) el 7 de Diciembre de 1920 aunque desde los dos años reside en la capital palentina.

En 1945 se licencia en farmacia por la Universidad de Granada. Desde entonces reside y ejerce como farmacéutico en Palencia.

Es uno de los fundadores del movimiento literario NUBIS y de la revista del mismo nombre; en 1955 crea, con Marcelino García Velasco y Carlos Ureña la revista de poesía y crítica ROCAMADOR de la que se editan cuarenta y cinco números teniendo un amplio eco no solamente en España sino también en hispanoamérica. Asimismo es uno de los fundadores de la revista "Juan de Baños".

En 1955 es nombrado académico de número de la Institución "Tello Téllez de Meneses" y en 1993 ingresa en la Academia de Juglares de San Juan de la Cruz de Fontiveros. Es Presidente Nacional de Honor de la Asociación de Escritores y Artistas Farmacéuticos de España, cargo que ejerció en activo durante cinco años.

Está en posesión de varios premios de poesía nacionales e internacionales como el "Guipúzcoa", "Provincia de Álava", "Ciudad de Lérida", "Cervantes" de Valladolid, "Antonio González Lama", "Ciudad de Huesca", "Ciudad Real", etc., concedidos por libros de poemas, así como más de trescientos premios por poemas sueltos en toda la geografía española.

Ha colaborado durante muchos años en radio, prensa y otros medios de difusión cultural, habiendo dado numerosos recitales y conferencias a lo largo de su dedicación a la poesía y a la literatura.

TORRE DEL AIRE
P O E S Í A

ANTOLOGÍA

José María Fernández Nieto

Presentación y selección de
Marcelino García Velasco



Calamo
Ediciones

R. 48262

TORRE DEL AIRE
P o e s í a

- © EDICIONES CÁLAMO, 1997
- © José María Fernández Nieto
- © De la presentación y selección: Marcelino García Velasco

Diseño de cubierta y retrato página 24: Rafael Oliva

I.S.B.N.: 84-921734-7-5

Depósito Legal: P.145/97

Filmación: Edito Valladolid, S.L.

Imprime: Gráficas Varona, S.A.

Edita: EDICIONES CÁLAMO, S.L.

Pza. Carmelitas, 3-2ºA

34005 PALENCIA

Tfno.-Fax: 979 - 70 12 50



PRESENTACIÓN

José María Fernández Nieto nace en 1920 en un pueblo menudo de la Tierra de Campos palentina, Mazariegos, donde aprendió a andar y poco más. Pronto lo hicieron ciudadano, aunque vivirá algunos años en Carrión de los Condes, lugar al que volverá de cuando en cuando a pasar vacaciones. Doy estos datos porque sirven para situarnos ante su poesía rural.

La guerra civil le marca durante un tiempo pues a causa de ella muere su padre en el segundo día de iniciada, pero no le deja poso de rencor.

En 1945, licenciado en Farmacia por la Universidad de Granada, regenta la que fue de su padre.

Ese mismo año, con otros palentinos amantes de la cultura y del arte, funda la Peña Nubis que dará nacimiento, poco después, a una revista con parte de ese nombre en la que cabe todo lo que sea Literatura, Arte, Historia o Filosofía, que así son de variadas las aficiones de sus fundadores.

En 1955 crea la revista de poesía *Rocamador*. A partir de 1959 —número 14— además, la paga, hasta el 45 en que desaparece por motivos espurios y rencorosos de altos políticos.

En 1960 dio vida a la colección *Rocamador* de libros de poesía, en la que publicarán poetas que empiezan, o quieren darse a conocer, junto a otros ya consagrados. Con los costes de muchos de estos libros corre José María Fernández Nieto.

Es la suya una biografía marcada por la normalidad silenciosa en un transcurrir por tres vías: la de la familia, la de la amistad y la de la poesía. Si hubiera que señalar una cuarta, sería la de la bondad. O, a lo mejor, se debería colocar en el lugar primero.

Su poesía ha sido premiada en numerosos concursos y certámenes bien para poemas unitarios, bien para un conjunto de ellos.

Y es triste que la antología más importante en la que figura sea una regional, —ESTO ERA Y NO ERA, de Miguel Casado— a lo peor por creer, desde su ingenuidad, que a ellas sólo lleva el mérito y no el favor. Cervantes pensaba lo contrario. Los que se dedican a hacerlas dirán que este hombre, también bueno, era un resentido malicioso.

Dieciocho libros de versos van desde 1946 a 1993. Son los siguientes: POESÍAS, 1946. SIN PRIMAVERA, 1946. AUNQUE ES DE NOCHE, 1947. LA MUERTE APRENDIDA, 1949. PAISAJE EN CARNE VIVA, 1949. A ORILLAS DEL CARRIÓN, 1957. LA TRÉBEDÉ, 1961. CAPITAL DE PROVINCIA, 1961. UN HOMBRE LLAMADO JOSÉ, 1965. BUZÓN DE ALCANCE, 1966. VILLANCICOS PARA ZAMBOMBA Y TRANSISTOR, 1968. GALERÍA ÍNTIMA, 1972. LA CLARIDAD COMPARTIDA, 1972. MEMORIA DEL AMOR, 1973. LA NIEVE, 1974. POEMAS DEL AMOR DE CADA DÍA, 1982. NUEVE SONETOS EUCARÍSTICOS, 1992. FULGORES DE ASCENSIÓN, 1993.

Esta antología, al igual que el comentario que la acom-

paña, comenzará en el cuarto de sus libros —LA MUERTE APRENDIDA, Col. *Halcón*, núm. 17. Valladolid, 1949— por tres razones principales. Una: ser el primero en que aparece un poeta que sabe lo que quiere, y aunque su voz participa de los gustos y preocupaciones humanas de su época —actitud que lo temporaliza— es propia, personal. Dos: porque es un libro acogido en una colección en la que habían publicado los más grandes poetas de entonces, o casi todos: Rafael Montesinos, López Anglada, Rafael Morales, Eugenio de Nora, Vicente Gaos, Gabriel Celaya, Victoriano Crémer, etc. Tres: porque la muerte será ya desde aquí uno de los grandes temas del poeta.

La muerte es el aire que nos une, que une a todos los hombres. Por más que sea una unión destructora la suya, cumple con esa necesidad humana y urgente.

«Entonces
el mar nos unirá...»

Es también el libro en el que José María Fernández Nieto olvida el YO como motivo del canto para que aparezca el VOSOTROS. Tiempo adelante, muy adelante, volverá a cantar desde el YO.

Otro gran tema del poeta en este libro, y en los que vendrán, será Castilla. Aunque más que como tema, como referencia, como marco en el que situar otras realidades más altas o más hondas. Y nunca como descripción, sino como impresión lírica: Cielo. Tierra. Luz. Y el hombre en medio. El hombre como lo más importante de Castilla porque es mortal, igual que la tierra. Para el poeta Castilla es:

«una muerte
que aprendían los niños.»

Por eso el paisaje no cuenta. El paisaje se inventa:

«El paisaje era un mundo
de pájaros sin sueño.»

«Y el hombre, en medio, el hombre
desnudando deseos, ordenando los frutos,
educando los árboles.»

Y Dios, el gran tema de José María Fernández Nieto. Pero en esta época Dios pesa menos que el hombre y, por lo mismo, duele menos. «Dios estaba en su sitio». ¿Cual es el sitio de Dios? ¿El cielo? ¿El corazón del hombre?

«Hay un mundo muriéndose
rosa a rosa, palabra por palabra,
un mundo encanecido.»

«Los brazos se cansaron
de sostener estrellas, de acariciar el humo,
de proclamar el aire.»

«Sólo canciones, lágrimas,
enrodillados ojos corazones (...)
nutriéndose de nadie.»

«El mundo era una antigua
constelación de angustias.»

«El mundo se nos muere
de sombra, de misterio,
de inundación, de niebla.»

Muy fuerte debió de ser el impacto de HIJOS DE LA IRA para José María Fernández Nieto. Como a tantos poetas de entonces, Dámaso Alonso se le apareció guía, luz que

desvelaba sombras o, al menos, señalaba caminos. Y, en muchas ocasiones, llevaba al compromiso humano, incli-nándolos al campo social o al religioso. Y, otras veces, a seguir su impulso expresivo.

LA MUERTE APRENDIDA es el libro mas moderno de José María Fernández Nieto, y lo digo con toda la carga inten-cional de la frase, aunque puede no ser compartido, y segu-ro que no lo será. No estoy señalando que este libro sea el mas personal, sino que enfrentándolo con los que se escri-bían por aquellos años, finales de los cuarenta, está en sintonía perfecta con ellos, es decir que el estilo de época es común y por lo mismo manifiesto e intercambiable.

La modernidad se proyecta no sólo en la materia del poema, sino también en su forma. Tan moderno que el poeta no apoya el ritmo de expresión ni en la medida de sus versos ni en la rima, como en otros anteriores, sino que lo consigue a fuerza de repeticiones: anáforas y paralelis-mos, reiteración de metáforas en las que las imágenes se dirigen a un mismo término real.

Empiezan a aparecer símbolos que serán duraderos, por ejemplo: la rosa o el beso, como reflejo de todo lo bello, de todo lo salvador del hombre, de ese espacio en el que el hombre es todo felicidad. El mar, unas veces como muerte y otras como madre. Y metáforas que se repetirán en distintos, sucesivos poemarios:

«El poeta es una llama.»

«El poeta lleva en su vientre un murmullo de palomas.»

«La vida es un juego en el que nadie puede ganar.»

«El hombre es urgencia.»

Si no con estas palabras, sí con este mensaje.

A LA MUERTE APRENDIDA siguen muchos años de silencio. El poeta parece volcado en la revista *Rocamador* y en poemas para premios menores de los que sale el dinero para mantenerla, sin importarle que desde Madrid, los que empezaban a tomar posiciones para erigirse en los futuros dueños de la crítica, —que no del verso por más que lo pretendieran— profesionales de la Literatura, puesto que la enseñaban en las aulas, y que no reciben el aplauso ni el saludo de poetas de dicha revista en sus primeros libros, se inventan, no sé si por resentimiento o superficialidad, una leyenda a partir de los editoriales de cada número: «*Rocamador* está gobernada por un farmacéutico falangista y un canónigo». José María era, sí, farmacéutico, pero no falangista, y el canónigo, si se referían a Manuel Carrión, no pasaba de cura raso, y si era por mí, no llegaba ni a cura.

El silencio se rompe en el año 1957 con el libro *A ORILLAS DEL CARRIÓN* en el que destaca el poema «Los endiosados» al que considero el embrión del futuro libro *CAPITAL DE PROVINCIA*. Es un poema en el que se descubre ya a un poeta social que desde el cristianismo denuncia la hipocresía de altos ciudadanos en su comportamiento de relación humana. Quizá el poema tenga más carga doctrinal que poética, pero son los riesgos de la primera vez.

En el año 1961 aparece un libro decisivo: *LA TRÉBEDE*. Decisivo no sólo en lo individual, es decir, la poesía propia, sino en la de los colindantes. Poetas hay que empezaron a serlo de verdad después de haber leído y digerido este libro. Gracias a *LA TRÉBEDE* se escriben, por ejemplo: *NAVANUNCA*, de Juan José Cuadros o *ROGELIO*, de Andrés Quintanilla. Cada uno a su aire interpreta el sentir de *LA TRÉBEDE*, que es algo así como el beso del príncipe a la doncella dormida.

El libro no puede ser más sorprendente: compuesto por una serie de endecasílabos sin rima alguna que, como ya ocurrió en LA MUERTE APRENDIDA, apoya el ritmo en las repeticiones:

«Y era bueno Ramón, era tardío
Ramón, como la rosa que en diciembre
anuncia su agonía, y era bueno,
digo bueno, Ramón, todo lo bueno
que puede ser un hombre, por ejemplo.
Y era noble Ramón, todo lo noble
que puede ser un perro castigado.»

Y en las anáforas:

«Quiero contarle todo, sus vencesjos,
sus parvas en la era, su costumbre
de cazar mariposas con el sueño,
su modo de mirar a las perdices,
su vegetal manera de peinarse,
su atención mineral, su compostura
para arrancar espigas y amapolas.»

Pero por encima de todo existe una técnica basada en la provocación en la que el poeta une las metáforas más audaces a los más anodinos prosaísmos. Amigo desde antiguo del contraste, aquí lo usa con la sana intención de resaltar al máximo lo poético:

«Y, sin embargo, usted habla del pueblo
y se atreve a decir que sus adobes
fueron hechos con barro de tristeza,
que su plaza mayor es un ejemplo
rural de la agonía, que sus chopos
son vegetales dedos donde cuentan

las nubes sus rosarios de palomas.
Usted afirma que la muerte es algo
parecido al silencio en estas calles,
que aquí no hay autobuses, espectáculos
donde se aplaude a un digno equilibrista
o se insulta a placer al Zaragoza.»

POR LA TRÉBEDE discurre un pueblo. Y para José María Fernández Nieto el pueblo —fruto de haberlo vivido con cierta profundidad en su infancia, y por lo mismo idealizado— es un paradigma de lo poético frente a lo negativo humano: envidia, rencor, codicia, etc. Sucede, sin embargo, que el pueblo está formado por hombres que envidian, que sienten rencor, que sólo se mueven por codicia, etc. Quizá por todo ello el poeta decide que el libro acabe en la esperanza de salvación de esas gentes. Este libro en su primera edición, Col. *Alrededor de la mesa*, Bilbao, 1961, terminaba en la muerte, que es donde acabamos todos. En las sucesivas ediciones, el autor añadirá cuatro poemas. Es como si se hubiera arrepentido de su crueldad por no perdonar la torpeza humana. Si el poeta añade estos poemas es, precisamente, para dar paso a la esperanza.

No entiendo la acusación, en su tiempo, de que LA TRÉBEDE es un libro que se engorda con lugares comunes. Posiblemente sea un argumento de «urbanos» que, con frecuencia, confunden, intencionadamente, es decir, identifican la poesía con la realidad.

Y es falso, también, que LA TRÉBEDE sea un libro fácil de engordar a capricho. Es tan unitario que no se puede quitar ni un solo poema si se quiere dar una visión global del mismo, puesto que lo que se cuenta se repite, o se cruza en varios poemas.

Es como la vida en el pueblo, que está presente en todas las esquinas porque se habla de su transcurrir en todas ellas.

Al poeta se le acusó de usar el tópico o lo tópico. Y es una acusación torpe. ¿Quién se atrevería a afirmar que no se puede alzar poesía de lo cotidiano y común? En ese caso tendríamos que negar el ROMANCERO y a Jorge Manrique en su gran poema. Volvemos a lo de siempre: lo importante es el *cómo*, pues el *qué* está dicho desde el Paraíso Terrenal. LA TRÉBEDE es un intento de poesía narrativa, mejor, de poesía lírico-narrativa en la que se cuentan situaciones sin detalles, hechos vitales desde una emoción poética.

El poeta no está de acuerdo con la vida en los pueblos castellanos, pero no por motivos político-sociales. Si se habla de atraso, de pobreza, de egoísmo, no es por alzar bandera de reivindicación, sino para mostrar su pesar por ese modo primario de vivir.

En el poeta más que comprensión hay compasión:

«... y nosotros
que nacimos con ellos en la trébede
también pertenecemos a sus lágrimas.»

En realidad lo social se reduce a una denuncia pública y dolorida de ciertas maneras de comportamiento, —¿moral?— una censura a esa convivencia en desamor tan propia del roce humano diario en los pueblos.

Mirado desde el punto de vista cristiano del autor, son comportamientos que se apartan de la máxima norma divina: el amor. Ese comportamiento es lo que le duele y que trata de salvar desde una ironía inocente en la que la ternura tapa lo censorio.

Hay dos poemas, sin embargo, «El maestro» y «El pan», en los que sí existe un respirar social total. El maestro tiene derecho a vivir de su trabajo sin mendigar, y el pan hay que repartirlo justamente.

También en 1961 sale a la calle CAPITAL DE PROVINCIA, que podría ser LA TRÉBEDE en urbano. Y como lo urbano es mejor conocido por José María Fernández Nieto no canta al oído del recuerdo, sino desde el mandato de la experiencia. Pero la técnica empleada es la misma: endecasílabo blanco, ritmo de repeticiones, abundancia de metáforas sorprendentes mezclando lo mágico con lo real, lo poético con lo prosaico:

«se erigió en directivo de su sueño»
«ponerle el termómetro a la noche»
«socorrer a un lirio que se muere»
«desayuna
tostadas de estupor e indiferencia»

Son poemas cercanos y complementarios con un denominador común: el hombre es un ser indefenso y débil tanto en el pueblo como en la ciudad.

Y su forma de expresión no ha cambiado. A lo dicho anteriormente hay que añadir ese viejo empeño —vigente ya en LA MUERTE APRENDIDA— de que los versos sean manojos de metáforas que se unen para redondear un concepto o la descripción de un sentimiento, a la vez que se aumenta su afán de personificaciones extrañas, muy por encima de la razón o de la realidad.

«Las rosas se suicidan a su paso,
los pájaros gorjean en voz baja,

huye la primavera de sus labios
y se espanta la luz con tanta noche.

Y todo lo sencillo: el aire, el trigo,
la amapola silvestre, el verde prado,
la sonrisa de un niño, la esperanza
de una madre reciente, ya no saben
si están equivocados los jardines
o estará en un error la primavera.»

José María Fernández Nieto se mueve en un aire de libertad expresiva en el que, a veces, no importa la Gramática y, generosamente, le da sujeto a un verbo impersonal salvándolo con una bella metáfora:

«los ojos de Jacinta nievan
cada vez que maduran los fusiles.»

O pone complemento directo a un verbo intransitivo:

«campaneando el alma en cada frase»

Y así encuentra versos definitivos:

«los pueblos necesitan
un verso inútil para oler a siempre.»

O eternamente musicales:

« lentamente colinas espontáneas»

Como en LA TRÉBEDE, al ser poesía lírico-narrativa, lo que se canta y cuenta, se apoya en unos personajes enfrentando en ellos virtudes y defectos, alegría y tristeza, bondad y maldad, elevación humana y mezquindad.

Este libro debería haber entrado en la poesía social de los 60, pero parece ser que entonces sólo interesaba lla-

mar social a aquélla que se comprometía con ideales de izquierda, por más que esta poesía estuviera devaluada o empezaba a ser desprestigiada, casi, por sistema, incluyendo en el mismo saco lo social poético y lo social doctrinario.

En CAPITAL DE PROVINCIA hay una manifestación de poesía comprometida con lo social de signo contrario al usual. Conociendo la trayectoria y el pensamiento de José María Fernández Nieto su compromiso social no es con lo doctrinal político, sino con el Evangelio.

Al igual que en LA TRÉBEDE, dulcifica todo el proceso censorio con un canto de esperanza. El hombre es lo salvable, nos viene a decir el poeta. Y no porque lo imponga su autoridad o su deseo, sino porque Dios lo quiere, que así de redondo y rotundo es, casi siempre, el pensar de José María Fernández Nieto.

Tres años mas tarde en el libro UN HOMBRE LLAMADO JOSÉ el poeta quiere dar fin a ese recorrido poético de crítica social por el mundo rural y urbano. Y para esta despedida comprende que en este proceso de denuncia social-cristiana llega un momento en el cual es necesario no sólo la acusación sino la confesión, y así el poeta ya no es un denunciante, sino el que se confiesa o adopta un tono de confesión.

En este poemario hay dos libros. Uno, formado por un acarreo de poemas nacidos del mundo de LA TRÉBEDE y otro que empieza a vislumbrarse y que se manifiesta distinto hasta en la forma. El primero está escrito en alejandrinos blancos, el segundo, en endecasílabos, con estrofas clásicas: sonetos, serventesios.

Y es claro que José María Fernández Nieto empieza a hacer el canto más personal, a ser él mismo materia de su canto, a hacerse fuente de sus experiencias personales. Está yendo hacia una poesía menos social para convertirla en mas íntima y personal.

Después de unos años de silencio aparece el libro LA CLARIDAD COMPARTIDA portador de una poesía desconcertante para quienes siguieran la trayectoria poética de José María Fernández Nieto. ¿Qué ha pasado en el poeta?

Siete años de silencio para un cambio, casi, total en el que presenta otra materia y una ruptura con su forma anterior, tan personal en la expresión. Aquellas series de endecasílabos en las que Fernández Nieto trabajaba casi sin esfuerzo dan paso a otros versos, aunque clásicos, de diferente medida: alejandrinos, eneasílabos, heptasílabos. No hay, tampoco, aquella sucesión de metáforas de libros anteriores, ahora prima el concepto. El poeta no quiere deslumbrar, sino convencer. El poeta va al *qué* decir importándole menos el *cómo*.

Lo que fue lírico-narrativo es, a partir de ahora, lírico a secas desde motivaciones religiosas. El Evangelio, leído y releído, y otros libros piadosos le sirven de guía para el canto. Y, cosa insólita, es el libro en el que encuentro más pinceladas autobiográficas, posiblemente porque un desconocido no puede convencer.

LA CLARIDAD COMPARTIDA es un libro fuente en el que tiene nacimiento toda la poesía futura y —no se me entienda mal— monocromo. Y no en la expresión, sino porque el mensaje religioso se consume pronto y al querer alargarlo se hace reiterativo. Son los peligros de la renovación, pero

merece la pena correrlos. Toda una vida poética cambiada de pronto por otra forma de vivirla. Y, todavía hoy, sigue causándome sorpresa que este libro, anunciador de un futuro poético distinto, pasara infravalorado habiendo en él poemas decisivos.

Son estos poemas los que, a mi modo de ver, le llenan de una fiebre creadora, perdida, y aparecen al año siguiente dos nuevos poemarios: MEMORIA DEL AMOR y LA NIEVE.

MEMORIA DEL AMOR, a pesar del título, no es una muestra de poesía amorosa fruto, diríamos, de vivencias físicas de un presente. Cuando se toca lo pasional del amor se hace desde el recuerdo. Así fue, así pienso que fue. Sólo que el tiempo ha ido quitando el aire de lo real. Y vemos que ese amor entre dos personas creció grande porque llevó a un amor familiar. En el fondo pretende que el amor entre dos sea paradigma del amor humano. Aunque se cante el amor entre dos, —que es, aparentemente, el canto, y verdaderamente también— queda transcendido siempre a la eternidad, a lo que manda Dios.

Del amor humano de LA CLARIDAD COMPARTIDA al amor pareja de MEMORIA DEL AMOR hay poca distancia: la que da el cristianismo, por eso para el poeta sólo el amor pone sentido a su vida por ser el amor orden evangélica. Es la fe la que actúa. Significativo es que el primer poema del libro lleve por título «Acto de fe».

Hasta aquí la materia. La forma rítmica, ya iniciada en LA CLARIDAD COMPARTIDA se fundamenta en el encabalgamiento del endecasílabo —aunque también aparecen versos afines, de siete y de nueve sílabas, principalmente— abriendo y cerrando el libro con dos romances de idéntica

asonancia como si se tratase de afirmar la intención del canto y la responsabilidad de lo cantado.

Vuelve a haber una gran riqueza metafórica, pero de mayor amplitud expresiva. No es el R=I, sino lo que yo llamaría metáfora creativa, es decir, esa gran metáfora que en su andar va desarrollando otras adyacentes y complementarias:

« ...gota a gota,
beso a beso nos dábamos y ahora,
el capital que somos, esta lágrima, aquel beso,
nuestra lírica herencia
la estamos invirtiendo en el negocio
íntimo del amor con la esperanza
de eternizar su rédito, de henchirle
de permanencias esenciales.»

El poeta ha puesto madurez a la intuición, a aquel empeño primerizo de construir el poema amontonando imágenes expresivas en un choque sorprendente de antítesis y paradojas.

Y llegamos a LA NIEVE, libro en el que se va a cerrar este recorrido por la poesía de José María Fernández Nieto, a pesar de que otros poemarios le sucedan.

LA NIEVE CON LA TRÉBEDE forman las dos cumbres mayores de la obra poética de Fernández Nieto, protegiendo a otras dos, altas, pero menores vistas en conjunto, que serían LA MUERTE APRENDIDA y LA CLARIDAD COMPARTIDA, dando a éstas valor, principalmente, por lo que tienen de búsqueda y aportación para empresas poéticas más altas.

En LA NIEVE, lirismo y prosaísmo están presentes continuamente; sólo desaparece la anécdota, aquello que se

cuenta. En realidad no hay cuento, sólo canto, aunque sea canto de la calle.

Las grandes preocupaciones poéticas de José María Fernández Nieto de siempre, que le servirán de materia del canto, convergen en este libro: lo social, —repulsa a compartir unos extraños y radicales modos de vivir en sociedad— lo religioso —oponiendo ante los que así se comportan unos valores apoyados en la fe de una transcendencia del hombre al plano de Dios— y la muerte —eje en el que gira todo el libro—. Sólo falta a la cita Castilla. Suma coherencia, pues en la nieve no hay paisaje.

Hay veces que identifico LA NIEVE con el proyecto de levantar una catedral con adobes. Me explico. Un tópico arrastra a otro tópico: todo el lenguaje callejero y juvenil de antes de la Transición y lo más superficial de la lamentería adulta como reacción a una nueva manera de vivir, o de estar en la sociedad sin pertenecer a ella. Y el milagro poético está ahí patente: con estos elementos caducos, menesterosos, pobres se levanta un templo hermoso. Pienso que, por honda y original, la poesía más alta de José María Fernández Nieto.

LA NIEVE es un libro irrepetible, por personal, algo que no se puede imitar pues sería palpable la herencia. Así como LA TRÉBEDE encontró seguidores, LA NIEVE no los tuvo. Resultó imposible, de tan alto. Sin embargo, y a pesar de las críticas elogiosas que se le hicieron, el poeta no recibió en el tiempo los honores merecidos. Vivir en provincias tiene estas desventajas.

Ciertamente la nieve es la muerte. No es un símbolo nuevo, ni falta que hace. De la nieve física José María Fernández Nieto sabe por intuición, no por vivirla. La ne-

vada, la gran nevada mata el paisaje, lo destruye, acaba con sus señas, con sus colores, hasta con los sonidos. No hay silencio mayor que el que domina la realidad de un pueblo bajo la nieve.

Sí, la nieve es la muerte, y no por lo que tiene de frialdad, sino de capacidad destructora.

En un decir discursivo, casi coloquial, se dosifican los realces expresivos y se amontonan los prosaísmos para que explote, de pronto, dentro de ellos una metáfora, un símil brillante, una imagen sublimada. Es como si hubiera un diálogo imposible: uno que habla con el más vulgar de los lenguajes de la calle y otro que opone una limpieza expresiva buscando la belleza de la palabra y su música.

Todo el libro está muy trabajado. José María Fernández Nieto intuye, o comprueba, que ciertos prosistas escriben con signos de entonación y los borran. Él, también, escribe casi todo el libro en endecasílabos y otros versos clásicos de la familia y los destruye. Que cada uno piense como quiera. El ritmo de LA TRÉBEDE está conseguido. Aparentemente, la estructura es otra.

Cuando haya que hacer el estudio general de la poesía palentina del siglo que se nos va José María Fernández Nieto tendrá que estar a la altura de los más grandes por su calidad, y por encima de todos como difusor de la poesía de Palencia, como aglutinador de los poetas de la tierra y como orientador generoso de cuantos jóvenes poetas se acercaban a él. Su aliento y su ayuda fueron siempre fundamentales.

Marcelino García Velasco

ANTOLOGÍA

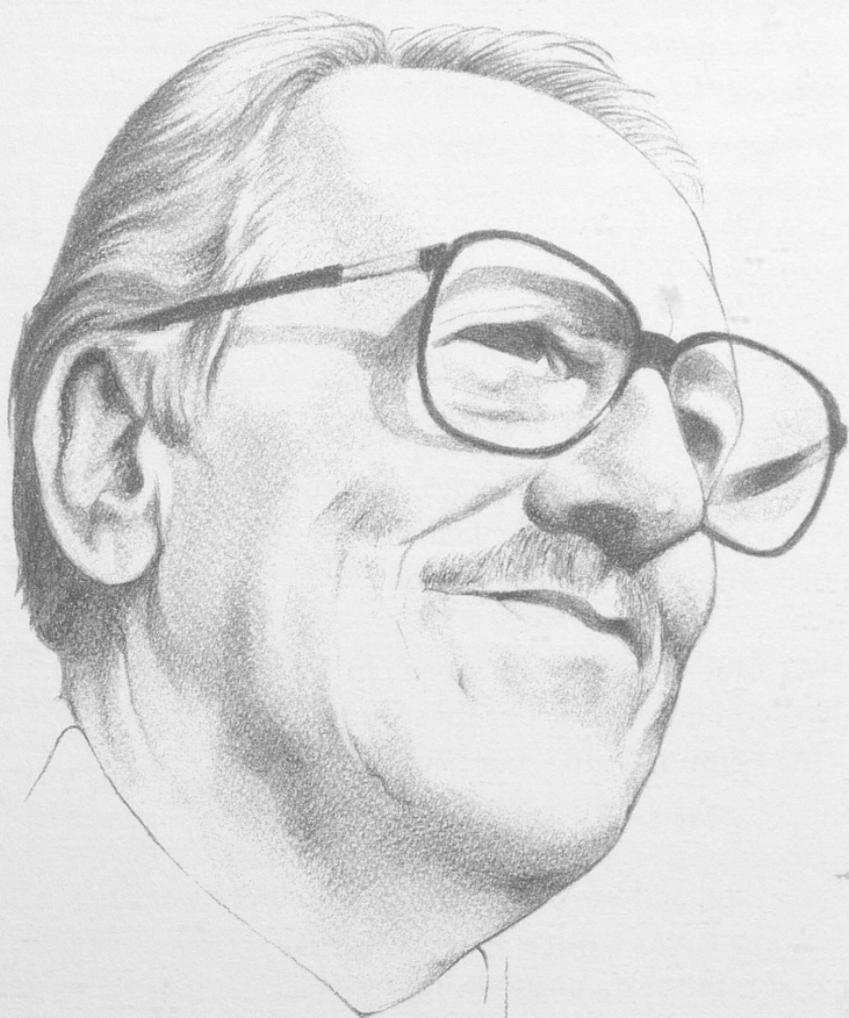
Soy un cambio con voz, con el
que me escribo y me
soy, dentro de mí, un
cambio que me
cambia.

Yo soy un cambio que me
cambia, que me
cambia, que me
cambia, que me
cambia.

Que soy un cambio por mi
yo, yo soy un cambio por mi
y me siento yo mismo, los
que me siento yo mismo.

Soy tan fuerte como
y todo a la vez, tanto como
de mi mismo es mi escayola, de
pero por dentro sólo yo me llamo.

Yo soy un cambio que me
de mi mismo que soy José María.
Si me llaman yo, me llamo
siento que es yo que soy si lo de mi mismo.



— oliva — 97 —

AUTORRETRATO

SOY un caimán con vocación de arcángel,
una rosa sobre un estercolero.
Soy, dentro de mi barro, prisionero,
una canción escrita por un ángel.

Me llaman, con razón, José María,
nombre de azúcar, de algodón en rama,
pero a mi corazón nadie le llama
porque no tiene nombre todavía.

Que los demás me saben por mi nombre,
pero yo me conozco por mi sueño
y me siento tan niño, tan pequeño
que me asusta pensar que soy un hombre.

Soy tan humilde y tan soberbio que amo
y odio a la vez sentir que no soy nada.
Mi nombre es mi escayola, mi fachada,
pero por dentro sólo yo me llamo.

No sé quién soy. De tanto repetirme
mi nombre sé que soy José María.
Si me llamara yo, me llamaría
muerte que es lo que soy si he de morirme.

A veces pienso que el amor me quiere
salvar amando y amo de tal modo
que siento tentaciones de ser todo
lo que se puede ser mientras se muere.

Esto soy yo, lo que no soy, la duda
de este ser y no ser que me atormenta.
Un darme cuenta y un no darme cuenta
de esta existencia ciega y sordomuda.

Por eso canto, porque necesito
escuchar esta voz, saber que es mía,
decir una vez más José María,
llamarme a solas, pero a voz en grito.

Porque ¿acaso soy ése que se afana,
que habla, que reza, que se da y se entrega?
¿Ese que afirma y que de pronto niega
como niega la noche a la mañana?

Amo, eso sí. Señal de que estoy vivo,
pero dudo si soy o si me invento.
Que amo y a veces siento que no siento
o siento que no soy. Por eso escribo.

Por eso canto cuanto más me quema
la sensación de que no soy. Por eso
quiero escribir, para dejar impreso,
copiado mi retrato en un poema.

De «GALERÍA ÍNTIMA»

EL POETA

NO le toquéis.

Sus manos no se hicieron para enseñar caminos,
para torcer sombras, para poblar el llanto.

No le toquéis.

Es una vieja herida. Es una pura lámpara de sueños.
Desasida promesa. Celestial osadía.

Nunca podrá ordenar. Le nacerá su llanto de una cifra.
Es inútil pedirle que mida, que compare,
que cuente, que pese a Dios.

¡Dejadle!

No le toquéis. Nació ya hombre.

Le dijeron un día que la vida era así,
que el corazón sobraba.

Y él desanduvo el mundo,
recogió su semilla y aprendió a ser un muerto.

El mundo no sabía que llevaba en su vientre
murmullos de palomas, que en su pecho cantaban
voces desconocidas... ¡Dios estaba en su sitio!

Eran gritos armónicos dominando las manos,
palabras musicales llegando desde lejos,
eran los labios vivos de los muertos recientes,
de los que habían muerto para enunciar la vida,
para llenarlo todo de clarísimas rosas,
para ordenar las flores y la luz en el aire.

¡Dejadle!
No le toquéis.
Ha nacido ya muerto. Ha nacido ya hombre.
No le toquéis la frente. Temblaréis. Está fría
como una dura niebla.

Es un extraño muerto. Es una oscura llama.

LA MUERTE ANTICIPADA

A veces nos llega la ola
de los antepasados, de los que tuvieron
que morir antes de nuestro florecer,
la ola de las usadas espumas, de los que tuvieron
que florecer y deshojarse,
para que floreciesen otras voces;
a veces nos llega un mar de recuerdos
a inundar nuestros ojos de vida antigua.

Son los muertos.
Son nuestros muertos últimos que vienen a sembrarnos
para que florezcamos, para que maduremos
la fruta del aliento,
porque ellos tienen hambre de nosotros,
y les sobra su ausencia,
y resucitan en recuerdos,
y gritan que nos esperan, que doblemos el paso,
que vayamos comiendo el pan sin detenernos.

Son los muertos ansiosos, los muertos deseantes
que no encuentran su cielo,
que aún creen que su cielo depende de nosotros...
Son los muertos que han muerto sin aprender la vida,
los muertos ignorantes,
los muertos torpes,
los muertos que no llegaron a comprender la muerte,
porque murieron muertos.

A veces nos llega esta ola,
este mar de espumas impenetrables,
este océano puro de acabamientos,
esta marea baja de amargas despedidas.

Y ante este inesperado brazo de mar desbordado,
existen hombres que flotan como cadáveres,
hombres que están aún por nacer,
hombres que son como frutos maduros por fuera,
hombres bajo la lluvia de las meditaciones,
muertos eternos, muertos anticipados,
muertos que morirán aún, que poblarán el mar
de los antepasados, de los que tuvieron
que florecer antes de morir
para que floreciésemos nosotros.

De los muertos.
De los muertos que no llegaron a comprender la muerte
porque murieron muertos.

LLEGADA DE LA PRIMAVERA

HAY, también, el dolor del aire,
la amargura del árbol, el llanto de los frutos.
Hay, también, la muerte en primavera.

Los niños no saben aún
el valor de su sangre. (La sonrisa de un niño
es algo irremediable).

Porque la primavera es como si el mundo
se inaugurara, como si empezara el hombre,
como si el corazón estrenara su canto.
La primavera es una primera piedra
para la cúpula del tiempo.

El hombre sabe todo esto.
Pero no sabe llenar la primavera
con sus manos, ayudarla a crecer
en leve paraíso.

(El hombre es una primavera truncada).

Y llega.

Y duele.

Y muere.

Oh, Señor, pero llega...

LA PREGUNTA

MUERTO. Todos le vimos, oímos su silencio
(ese silencio siempre nuevo
que nace de los párpados de un muerto).

Y miramos sus ojos, cerrados por la sombra
como si fuera la primera vez, la única vez
que viéramos los ojos de un muerto, los ojos
cerrados, terriblemente cerrados de un muerto.
Y miramos sus manos, cruzadas sobre el pecho,
como si nunca hubiéramos mirado las manos
cruzadas de un muerto, las manos terriblemente
cruzadas de un muerto.

Y miramos su boca como si fuera la boca de otro hombre, como si por aquella boca no hubieran podido nacer nunca las palabras que pronunció aquel hombre que estaba muerto, que estaba, como todos los muertos, terriblemente muerto.

Nadie decía nada.

Daba la sensación de que hasta las palabras habían muerto. Nadie miraba a nadie. Un silencio absoluto de luz y de sonidos.

Alguien dijo por fin: «¿Cómo fue?»
Lo explicaron. Las palabras dolían. Pensamos: «Una muerte de tantas». Luego, nuevo silencio. Nadie decía nada. Nadie miraba a nadie. Pensamos: «Un muerto» «¿Y qué es un muerto? Un muerto es más, es algo que no tiene remedio».

De pronto hubo alguien que exclamó: «Oh, la muerte, la muerte». Buscamos con los ojos, recorrimos la estancia. ¿Dónde estaba la muerte?, preguntamos al muerto...

¡Allí no había nadie!

MATERNIDAD

A Gabino A. Carriedo

ESTA humareda mía que ha nacido en el aire,
esta nublada angustia que confirma el sonido,
este mar, este cielo, creados por mi sangre,
a ti, madre, se vuelven.

Olvidaste quién eras
o nunca lo has sabido. Pero existe la rosa,
exite la caliente certidumbre de un beso
que hizo el mar y el silencio.

Y sé que soy de ti
y a ti vuelvo, buscándome, pidiéndome en tu seno,
glorificando el viento que nace de tus sienes
de nevadas palabras,
acariciando el musgo que nace de mi sueño
ya mudo, ya vacío, ya desazón de sombra.

Pero ya no es posible.
Se vuelve hacia la joven marea de los trigos,
hacia el mar que ilumina de espumas el deseo.
Y tú, madre, eres noche, niebla creciendo, madre,
milagro de mi carne.

No llores con tus lágrimas de fermentada ausencia,
estoy aquí llamándote, pero ya no me oyes.
No has muerto, madre, escucha tu sonora crecida,
pero ya no me oyes, y estoy aquí, llamándote.

Nos separa tu siglo, tu nevada tortura,
la lluvia de tu paso.

Yo sé que soy de ti,
pero ya no soy tuyo. Ya soy luz, luz alzándose,
mediodía que tiembla, savia que ignora el árbol,
misterio de tu sangre.

Oh madre, no hay remedio.
El mar, tu mar, el mío, grita, loco de espuma,
que es inútil buscarnos. El mar de nuestra sangre,
la submarina angustia, la bruma del silencio.

No llores, madre, alumbra con sonrisas la ausencia.
Estoy aquí, llamándote, pero ya no me oyes.
No has muerto, madre, escucho tu sonora crecida
pero ya no me oyes, y estoy aquí, llamándote.

Oh, dime, madre, dime, lejana muerte mía,
canción donde los pájaros aprenden su milagro,
música de mi sangre, dime, madre, qué nombre

tengo yo, qué minutos son míos, qué palabras limitan mis ausencias: Sólo en ti me conozco, sólo en ti se me llena la oquedad de mi nombre.

Ahora, sólo me queda
mi nuevo nacimiento. Ya te sé. Sé tu beso,
sé, madre, tu ternura. (Te tengo aquí, creándote
como tú me creaste, devolviéndote en sueño
la vida que me diste).

Así hasta que la sombra
me ilumine de nuevo cuando no tenga a nadie,
cuando ya no me sepa, cuando nadie me sepa,
cuando venga otra madre (oh, madre, sí, otra madre)
y me diga mi nombre, y como tú, me cree,
me cante, me florezca.

De «LA MUERTE APRENDIDA»

LOS ENDIOSADOS

ME refiero a los hombres
que tienen reservado su palco en la abundancia,
a los que alzan el hombro cuando piensa el rebaño,
a los que usufructan la rosa, a los que esparcen
la sal de su apellido,
a los que ponen precios abusivos al aire.

A los que nos saludan a guisa de limosna,
a los que no comprenden por qué no se arrodillan
a su paso las flores,
a los que no toleran que haya más de un casino.

Me refiero a los puños
que estallan en los guantes porque hay más automóviles,
a los ojos que miran la calle como un reino,
a los pies que castigan la democracia oscura
del asfalto que pisan,
a los labios que ignoran un beso en un anillo.

Me refiero a los hombres
que nacieron sentados encima de sus títulos,
a los que nunca saben andar por las aceras
sin que vaya doliéndoles el miedo del contagio.

Digo que me refiero
a los hombres que siéndolo, se duelen de saberlo,
me refiero a los dioses de barro y hojalata,
a todos los que viven aplaudiéndose el alma,
a los que se han creído propietarios del cielo,
a los profesionales que en las salas de espera
dicen a Dios que pase, como a un representante.

Ya sé que no hay remedio,
que los aullidos atan la sangre por su centro
que la soberbia nace junto a una historia clínica,
a la orilla de un Código, en la directoría
de los viejos periódicos,
sobre las bocamangas consteladas de estrellas
y a veces en la tierra bendita de los hábitos.

¿No es triste una ciudad
donde crecen los ídolos sobre un altar de asfalto?
¿No es triste que un saludo
se pague a precios de oro, que una palabra sea

mercantil ironía, que Dios esté olvidado
sobre un libro de misa?

Me refiero a los hombres
que no están en el censo de la hermandad que canta
y a los que yo permito que se rían, que gocen
burlándose de un verso...

Yo canto, canto y canto
y seguiré cantando aún después de haber muerto;
cuando ellos sean ceniza de su propio tabaco
y yo el humo caliente de esto que soy, de un sueño.

De «A ORILLAS DEL CARRIÓN»

EL PUEBLO

DÍGAME la verdad...

Usted no ha estado
apenas en el pueblo... Sé que vino
dos veces a un entierro, sé que cobra
puntualmente su renta de nostalgias,
que aquí nació su madre, por ejemplo,
pero no ha visto nunca una cigüeña
suspirar en la torre de Santiago.

Que usted nunca ha ido a pájaros de niño,
nunca, quizá, ha subido al campanario
a contemplar las golondrinas, nunca
bebió las vinajeras de don Cándido
ni rompió el corazón de una bombilla,
ni jugó con los galgos de don Tirso,
ni levantó las faldas a la aurora.

Y, sin embargo, usted habla del pueblo
y se atreve a decir que sus adobes
fueron hechos con barro de tristeza,
que su plaza mayor es un ejemplo
rural de la agonía, que sus chopos
son vegetales dedos donde cuentan
las nubes su rosario de palomas.

Usted afirma que la muerte es algo
parecido al silencio de estas calles,
que aquí no hay trolebuses, espectáculos
donde se aplaude a un digno equilibrista
o se insulta a placer al Zaragoza,
pero, señor, hay pájaros y envidias
para enterrar a un ángel, hay caminos
que conducen al sol directamente
y hay, por si fuera poco, un camposanto
donde los viejos muertos se saludan.
Hay vida, sepa usted, y se lo digo
en palomas y besos, tanta vida
que no sé cómo cabe en un pañuelo
tanto odio, tanto amor, tanta ternura
y tanta inmensidad, que es algo serio
ver cómo saltan chispas en los ojos
porque compró un tractor don Federico,
porque Manuela se casó de blanco,
porque vendió sus pámpanos Enrique
porque en la vieja trébede se ha muerto
sin dejar una rosa doña Encarna.

Lo crea usted o no, digo que un pueblo
es tan perfectamente incomprensible

como un niño que nace, acaso como
un corazón sembrado de tinieblas,
como un hombre que quiere suicidarse
llevando entre las manos siempre vivas.

¿Para qué proseguir? Usted ha visto
solamente su ruina, sus pedazos,
su múltiple manera de quejarse,
sus enconados labios resignados
a morirse de tedio si no llueve,
su vieja indiferencia de palomos,
su ciego escepticismo por las flores.

Yo le invito a que venga, a que les palpe
su corazón de trigo y mantequilla,
su espíritu de nube y de romero.

Yo le invito a venir aunque me temo
que se pueda quemar en su ternura,
que tienen calenturas en los ojos
de mirar tanto al cielo, que padecen
quemaduras de amor, que son sencillos
y agudos como el filo de una espada.

Por eso quiero hablarle de este pueblo
o de aquél, es lo mismo, de cualquiera,
de un lugar donde Dios se multiplica
para que no haya nadie que se quede
sin su ración de amor y de esperanza,
porque para segar tantas envidias
no hay una hoz con filo de querube
ni un verso que llevarse hasta los labios.

RAMÓN

QUIERO contarle todo, sus vencesjos,
sus parvas en la era, su costumbre
de carzar mariposas con el sueño
su modo de mirar a las perdices,
su vegetal manera de peinarse,
su atención mineral, su compostura
para arrancar espigas y amapolas.

Se llamaba —es lo mismo— un nombre agrario,
por ejemplo Ramón, más bien Fernández,
un hombre como yo, como usted mismo,
un hombre como tantos que abundamos,
un corazón de plástico y de aurora,
un hombre malherido por el tedio,
condenado a la pena de acabarse.

Tenía tantas cosas que se tienen
sin ser nuestras: un hijo, una neuralgia,
un calendario de dolor, un vaso
para beber el tiempo a su manera
y pocas cosas más... Ah, sí, un deseo:
llegar a conocer cada septiembre
para llenar de trigo sus paneras.

Que si un granizo había, que si un carro
atascósele un día en la cuneta,
domingos hubo en que gritó su enfado
amenazando con romper el aire.
Ramón, de vez en cuando, sostenía
un guijarro en la mano, una sonrisa
difícil en los labios, y en el pecho
un corazón de níquel y romero.

Y era bueno Ramón, era tardío
Ramón como la rosa que en diciembre
anuncia su agonía, y era bueno,
digo bueno, Ramón, todo lo bueno
que puede ser un hombre por ejemplo.
Y era noble Ramón, todo lo noble
que puede ser un perro castigado.

Ramón se levantaba, se tomaba
Ramón su desayuno de pan triste
y su vaso de vino melancólico.
Se iba Ramón al campo a ver sus trigos,
Ramón a ver sus nubes, si llovía,
Ramón a ver si el viento, si los pájaros,
si el rebaño, Ramón, hasta el almuerzo.

Se llamaba Ramón y, por ejemplo,
no sabía cantar a las alondras,
ni jugar a poner bien las palabras
ni pensar en la muerte seriamente.
Su límite formal era el Casino,
su desazón vital el rey de bastos,
su brújula de amor hacer del hijo
seguramente un tonto irremediable.

Y se quejaba siempre, ah, y se quejaba
lo mismo que se queja la madera
al dejar de ser verde... Y era bueno
Ramón, esto es lo trágico, era bueno.
Y noble era Ramón, tan noble como
lo pueda ser el pan, a buen seguro.
Y era tardío para echar la siembra,
para pensar que todo aquello era
muy poca cosa para ser del todo.

¿Qué le parece a usted? ¿Hacemos punto?
¿Damos aún más penas y señales?
¿Decimos, por ejemplo, el accidente
mortal de su mujer, el luto breve
que guardó por la muerte de sus pájaros,
el día en que se puso de rodillas
para rogar a Dios por una yegua
o aquel otro en que el galgo se moría
y le brotaron lágrimas azules...?

¿Hablamos de su amor incomprensible
por una moza muerta o, por ejemplo,
de aquella ilustre rosa que cortara

o de aquella ebriedad adolescente
que apasionó sus años ya en desuso?

Sí, yo le conocí, sin duda alguna,
acaso como usted, si usted ha estado
en su pueblo natal un mes de junio
cuando el verano ya se formaliza,
cuando Ramón —y el caso es que era bueno—
regresa a merendar pan con tristeza,
cuando la tarde entorna su carruaje,
cuando Ramón descifra su conciencia
y entiende, a duras penas, el periódico
y se tiende a dormir junto a la cama
del hijo, como un can, sin darse cuenta
de que ha muerto otro día inútilmente.

¿Y Dios? Allá en la iglesia. El cura sabe.
Ramón tiene bastante en qué ocuparse.

EL MAESTRO

DÍGAME usted, si no, cómo es posible
que cante un ruiseñor o que una rosa
perfume una mañana de septiembre,
o que celebre el río, cada miércoles,
su vegetal noviazgo con los árboles.

Pues bien, no digo más, digo que tiemblo
al contemplar a un niño que no sabe
la sonrisa del sol, que se ha dormido
y no sabe soñar con los pardales,
al niño que distingue fácilmente
la ese de la o, y el pan del vino,
y el agua del aceite, y que no sabe
dónde está el corazón de las libélulas.

Yo le he oído a este niño decir: Banco,
pizarra, Jesusito, tres por ocho,
vacaciones, peonza y otras cosas
que son, a toda luz, insuficientes...

Pero el maestro tiene sus problemas
y no le alcanza el sueldo para hablarle,
por ejemplo, de amor o de esperanza.
Él mira su reloj, consulta el cielo,
mide el rayo del sol sobre el pupitre,
porque ya son las doce y la pizarra
bosteza decimales y quebrados,
y una mosca se posa en Alicante,
porque están impacientes los garbanzos
y huele por el pueblo a mediodía.

La gente dice siempre que los niños
aprenden pocas cosas en la escuela,
que el maestro es así, que no es posible
enseñar con el alma en el bolsillo
y el corazón oliendo a guardapolvos.

Pero el maestro es joven, necesita
un pedazo de vida, una merienda
diaria de ilusiones y no puede;
sólo le llega el sueldo para el gasto
del aire por las tardes, solamente
le da para gastárselo en nostalgias
y acordarse de Dios cuando se duerme.

Hay que tener en cuenta que el maestro
tiene una novia en Cádiz o en Orense

y si él está en el pueblo todavía
es porque el tiempo pasa sin decírselo.
Por lo demás el hombre hubiera sido
cazador de sorpresas, argonauta
o, acaso, misionero en Antioquía.
Porque él nunca nació para maestro
y, aún, cuando se descuidan los chiquillos
emprende largas fugas por el mapa
y el dedo se le enreda en las Azores
y zambulle su sueño en el Pacífico.

A veces el alcalde se impacienta
y es de ver cómo rompe los oficios
cuando nace una rosa en su tintero,
cuando le habla el maestro de que un nido
no puede cobijar tantos arcángeles.

Porque, si bien se mira, es más urgente
poner a punto el trillo, ir preparando
la aritmética vil del presupuesto.

Porque, si bien se mira, no se puede
cantar mientras el trigo no se cobre,
ni regar los geranios mientras haya
que pagar el trimestre de la acequia,
no se puede, y que no, dice el alcalde
reconstruir el sueño de unos ángeles
mientras no se resuelva la vendimia.

Y el maestro se muerde su tristeza
mientras —la ese con la o— los niños
multiplican su tedio por el siete

y sueñan con que sean ya las cinco
para jugar al hombre, que es lo bueno.

Les digo a ustedes que la cosa es seria,
que no es para reír ni mucho menos,
que el maestro ya tiene los cincuenta
cumplidos en gramática y en números,
y en tiza y en decir «Reyes Católicos»
y en pensar «este invierno será el último».

Y nunca consiguió salir del pueblo
ni viajar por el mapa, ni casarse
con su novia de Cádiz o de Orense.
Sigue aquí, en su parcela, en su encerado
llorando decimales, sollozando
sílabas tercamente repetidas,
pensando con tristeza en su sobrino
que estudia Magisterio en Zaragoza,
recordando un balcón, un beso anónimo,
un clavel reventado por la urgencia.

Él, que era un soñador, que hubiera sido
comandante de lirios en Caracas,
que vino con el alma en el estribo,
que prometió ser ángel o ministro
ahora, en esta tarde de noviembre,
junto al viejo pupitre que estrenara,
siente cómo sus manos se le mueren
de tanto acariciar las mariposas...

EL PAN

DEJÉMONOS de rosas y de auroras,
olvidemos campánulas y estrellas,
vamos a ver qué pasa con el trigo,
por qué se queja el pámpano en septiembre,
vamos a ver por qué lloran las uvas,
por qué Ramón insulta a las caléndulas.

Dejémonos de lirios y amapolas,
vengamos hasta el pan, hasta la trébede,
hasta la rinconera donde enferma
de polvo un diccionario, donde muere
Cervantes traicionado por los números.

Vamos a ver qué pasa, cómo sueñan
las moscas con la sangre de don Diego,
cómo transcurre el tiempo en las cazuelas,
cómo cantan su amor los delantales.

Dejémonos de chopos y eucaliptos,
que de pan se está hablando por las casas,
que de pan vive el hombre, que a pan huele,
que con pan sueña el niño en el colegio.

Que de pan nace el odio, que pan tierno
toma don Luis, no dándole importancia
y no sabe que pan es lo que quiere,
que pan con chocolate toma el cura
y pan el sacristán y pan los pájaros.

Que Juana y pan, Elisa y pan, Mariana
y pan y pan Mercedes, pan con besos,
pan, eso sí, con sueños y sonrisas,
pan con murmuraciones, pan con trébede
pan para merendar acaso estrellas,
para endulzar la duda, pan con penas
pan con amor, Mariana, Elisa, Juana
pan ¿para qué? ¡Quizá para morirse!

Por eso están tan tristes las botellas,
por eso, acaso llora la esperanza,
por eso un verso es menos que una lágrima,
por eso un corazón resulta insípido,
porque escasea el pan, porque en la trébede
no se habla más que de esto, del pan triste,
del triste pan que el hombre necesita,
de que Juan tienen pan, más pan que nadie
y hay quien no tiene pan para comerlo.

Y así está el pueblo, con el pan a vueltas
buscando el pan, no el pan de cada día,
no el pan de cada quien, pan para el sueño,
pan para mil o pan para ser alguien.

Por eso están cerradas tantas puertas
y no pueden crecer los tamarindos...

EL CURA

HABLÓ a pámpano abierto, a la luz caliente,
a espiga santa, a páramo tendido
y solamente niños le entendieron.

Habló para los pájaros cansados,
para la despedida de los trigos,
para los ríos muertos, para el llanto
azul de las palomas, para el beso
quebrado por la espada del recuerdo.

Y solamente niños le entendieron.

Estuvo magistral, habló de todo
lo que puede decirse con un beso,
de bienaventuranzas, de caminos,
de corazones álgidos, de un día
en que habló con un árbol, de una tarde
que vió morir de amor a una cigarra.
Estuvo magistral, estuvo nube,
estuvo ruiseñor, yo os lo aseguro,
yo que le vi aumentarse en lo más íntimo,
yo que vi su sotana agonizante
temblar de soledad, yo que he sabido
que solamente niños le entendieron.

Bien pudo habernos dicho la tristeza
de una puerta cerrada, él que sabía
que si lo dice Dios, tres y uno cinco,
pudo habernos hablado de torpezas,
de faldas levantadas, de hijos póstumos,
de verdes primaveras de escayola,
él, que supo por qué viajaba Ernesto,
por qué nació Pascual un Jueves Santo
por qué cuatro lunares tuvo el niño,
bien pudo habernos dicho de qué modo
compró don Serafín tanto silencio,
él que supo morderse las palabras
y callarse que Juan era inocente...

Y sólomente habló de claridades,
de olor de paraísos, de gozosas
exaltaciones nuevas, de claveles
amarillos, de pájaros azules.
Fue la suya una plática de estrellas,

de futuras cosechas de universos
—y qué sé yo— de todo lo que un niño
—qué sé yo cómo— entiende con un dedo.

Volvió el cura, sentóse y en la trébede
enfermó su breviario de tristeza,
mientras en el balcón de su esperanza
se deshojó el geranio de los salmos.
Desayunó su jícara de sueños,
besó su crucifijo y se durmieron
sus manos como en siesta de palomas.

Que él quiso hablar de amor a borbotones,
humedecer los párpados de lágrimas,
sembrar versos de Cristo en la tiniebla,
darse a plena canción, a vida plena.

Y solamente niños le entendieron...

MARÍA LUISA

ASÍ como hay un tonto en cada pueblo
que pellizca a las niñas soñadoras,
así como en las bodas siempre hay alguien
que versifica el fin del matrimonio,
así como el zahorí no falta nunca
que adivina las cosas que no pasan,
así Luisa también, mujer había
de profesión soltera, María Luisa,
rezadora de nombre y apellido.

Ella bordaba rosas de nostalgias
detrás de sus visillos melancólicos,
planchaba con ternura los pañuelos
donde el carmín entristeció de llantos
y miraba a la plaza como si alguien
viniera de Madrid para cruzarla.

Porque ella tuvo novio y ella sabe
que hoy, catorce de junio, ya es abuelo,
que al niño le bautizan en Santiago
y que ella pudo ser -cualquiera sabe-
la que llevara al niño hasta la pila,
la que estuviera en casa preparando
pastas de buen amor, blancas rosquillas
bañadas con azúcar de esperanzas,
Sin embargo esta tarde es para ella
una de tantas tardes donde junio
tiende, ya indiferente, su mirada...

Ella dirá, temblando en sus enaguas:
«Buenas tardes, don Luis. ¡Enhorabuena!»
Y tenderá sus manos, esas manos
que son palomas muertas y que un día
poblaron los trigales con su gracia.

Pero ella vuelve en sí, vuelve a su mundo
donde San Roque alegra la capilla
y habla con doña Celsa de medallas,
del capital que deja don Bautista,
del último sermón, de la novena
de la Virgen Santísima del Carmen.

Y reza a Santa María mientras piensa
en el polvo ojival de las ventanas,
en la colecta próxima del jueves,
en lo que ha de poner de primer plato,
en su cómoda verde, en el vestido
que ha estrenado su prima María Antonia,
en Luis, que ya es abuelo, en la merienda

del domingo, y en Luis, que ya es abuelo
y en la Misa Mayor, y en lo difícil
que es levantarse pronto los domingos,
y en Luis, que ya es abuelo... ¿que es abuelo?
¡qué horror! pero ¿es posible? ¡cómo pasa
el tiempo, si pudiera... ! Luis... ¡abuelo!

Pero ya pasó todo, tarde, junio,
y María Luisa sigue anestesiando
su corazón del tiempo y de la pena.
Hay que limpiar el polvo a la esperanza,
levantar la persiana del futuro
y contemplar de nuevo las estrellas.

¿Qué más decir de Luisa? Que se pinta
de carmín los domingos, que pasea
con sus viejas amigas sus recuerdos,
que habla de su sobrino de Almería
que ha obtenido notable en primavera,
de las de Palomar que están soñando
con encontrar un pino a su medida,
de un estampado verde, de un ovillo
color violeta pálido, de un verso
que aprendió siendo niña y no recuerda,
de todas estas cosas tan triviales
que tienen su importancia, aunque no tanto
como tener un hijo, por ejemplo,
o haber llovido ayer por la mañana.

Y ésta es la cosa. Luisa vive y sueña
como cada vecino, Luisa siembra
su pequeña ilusión, riega sus tiestos

en donde los geranios se amotinan
para dar sensación de primavera,
Luisa sube a la trébede, conecta
el mundo en los seriales, se reinventa
en los párrafos húmedos de lágrimas,
prepara la cazuela de los fréjoles
y baja las persianas, que ya es tarde
para que el sol dialogue con las flores
y regresan los mozos de las eras...

Y prepara su cama...

Y es entonces

cuando su corazón revolotea
como una mariposa malherida,
como un pájaro herido por la pena
y piensa en Luis, en Luis que ya es abuelo
y en que la vida pasa como el agua
y no puede beberla...

EL ENTIERRO

DON Serafín ha muerto...

Estaba escrito

no sé por quién, quizá por una alondra...

Le sorprendió la muerte, según dicen,
cuando contaba el último billete
y anotaba en su libro de balances
no sabemos si mil cuarenta y ocho
o el verbo anochecer en subjuntivo.

El entierro fue fácil: un responso,
un paseo muy lento, unas palabras
de pésame y rutina y vuelta al mundo
a volver a empezar...

Únicamente

se produjo un trastorno en la tertulia:
No se jugó al tresillo de las cuatro
porque tocaban, tristes, las campanas
y no estaba de humor el as de copas.

Para ponerse en tono con la tarde
el sol se hechó su siesta entre las nubes
y una ventana más cerró sus párpados.

Nadie habló de su pipa de madera,
de su reloj enfermo en un armario,
de su camisa azul recién planchada
ni de sus pensamientos ya en desuso.

El pueblo se portó cristianamente.
No se aludió a su forma de hacer cuentas,
a su tanto por ciento exagerado,
a su cariño oscuro por los dólares,
a su olor a basílica y a préstamos.

Se comentó, eso sí, que tuvo un hijo
aprovechando un hueco en el balance
y que se le murió por pura urgencia
de no aumentar los gastos de estar vivo.

Le enterramos ayer.

La tarde, herida
por el triste puñal de los latines,
se quejaba de ser luto y camino.

No sé que tiene el campo cuando muere
una azucena sin dejar aroma,
cuando se seca un árbol sin dar fruto
o agoniza una pájara en un álamo
antes de dar a luz un nuevo beso.

Un entierro en Castilla es algo serio
sobre todo si el muerto no ha dejado

un lapicero a un fraile, un beso a un hijo,
unas monedas muertas a un pariente.

No sé por qué Castilla es más Castilla
cuando se entierra a un hombre por la tarde,
cuando se apaga un grito totalmente,
cuando ante la total indiferencia
se borra un corazón, se muere un número.

Don Serafín se ha muerto...

Nadie diga

que aquí se acabó todo, nadie sabe
lo que puede vivirse en un minuto
y lo que puede perdonarse, nadie
podrá decir que un muerto es una piedra.

¡Quién sabe si, olvidado sobre un libro,
dejó un recuerdo en alguien, un pañuelo
para enjugar un llanto, o, por ejemplo,
una lágrima apenas conocida...!

Lo más triste es que todos asistimos
a su entierro y que nadie le ha llorado...



LA FIESTA

UN día como tantos se levanta
el sol y desayuna entre las flores
y el aire se endominga como un niño
que va a estrenar un nuevo pensamiento.

Un día el pueblo —un día como tantos—
va repartiendo almendras y canciones
y madruga su amor alegremente
para dar sensación de que está vivo.

Ramón guarda su pana de nostalgias
y plancha su recuerdo melancólico
y don Cándido ensaya un padrenuestro
de plata como ordena la liturgia
porque es San Roque y cantará la misa
no sabe si ayudado por los pájaros.

Regino llenará las vinajeras
con más unción que de costumbre, dando
a sus manos empaque de azucenas,
urgencia de milagro anticipado.

Don Luis encenderá su cigarrillo
pensando que aún es moza su apostura
y el maestro, en el atrio de la iglesia,
guardará su tristeza en el bolsillo.

Y don José Manuel, el arquitecto,
que habrá venido, acaso, de Logroño
para que admire el pueblo su automóvil,
hablará sabiamente de política
y dosificará sus adjetivos
para dar sensación de hombre enterado.

Juana, Elisa, Mariana, las tres juntas
persignarán su frente desgastada
de tantos padrenuestros impensados.

Y María Luisa, derrotando flores,
venciendo primaveras todavía
-belleza jubilada por la pena-
irá a Misa Mayor igual que entonces,
pero ya no habrá aplausos en los ojos
ni se equivocarán las siemprevivas.

En el ayuntamiento habrá guirnaldas,
redactará el alcalde una sonrisa
y pondrá su mujer nuevos cordones
a su bastón de mando ya impaciente
por presidir los cultos solemnísimos.

Y por la tarde procesión...
Los niños,
mientras ensayan himnos patronales,

pensarán cómo hacer para ir a pájaros
o apedrear la tarde que les dejen.

Y las muchachas, impacientes tórtolas,
derramarán su aceite de caricias
y soñarán bailar con el más guapo
cuando San Roque vuelva las espaldas
y la dulzaina encienda las estrellas.

Fiesta Mayor...

Castilla cabe apenas
en un pañuelo azul, en una mano.
Castilla es como un pájaro cansado
que gorjea su tímida alegría
saboreando almendras o quemando
deseos y cohetes en el aire
como teniendo miedo de reirse.

Pero, por un momento, su tristeza,
su dolor de vivir se habrá olvidado
y nacerá en la trébede una rosa.

LUIS

ESTOY pensando en Luis, que ya es abuelo,
en Luis que peina besos, que jubila
cada día una rosa con su olvido,
que se queja de ser y algunas veces
no sabe si es mejor arrodillarse
o estrangular la luz entre sus manos.

Estoy pensando en Luis, en Luis que piensa,
en Luis que calla, en Luis que duda, en Luis
que acaba de llorar de una manera
que hace pensar en Dios muy seriamente.

Estoy pensando en Luis, como se piensa
en un árbol de octubre o en un vaso
en el que se ha bebido tantas veces.

Porque Luis no hace tanto que fue mozo,
un mozo mineral, un mozo alegre
capaz de derribar una campana
o de alzar, con sus músculos, un pino,
capaz de hacerse médico en Sevilla,
de licenciarse en pájaros en Soria
o acuchillar un lobo en Perazancas.

Por eso María Luisa bien lo quiso
porque tenía pulso de querube
y corazón de antílope gigante,
porque lo mismo acariciaba malvas
que domaba un caballo desbocado.

Por eso hablo de Luis, que ya es abuelo,
que piensa en María Luisa con tristeza,
con nostalgia, tal vez, de hombre acabado.
Y aquí está Luis, abueleando penas
hoy, catorce de junio, hoy que en la plaza
María Luisa le ha dicho «buenas tardes»
y le ha felicitado con tristeza.

Estoy pensando en Luis, que no ha ejercido
su profesión de lirio enamorado,
que se casó en agosto con Amelia
y cien hectáreas más de incomprensiones...

Por eso pienso en Luis, que ya es abuelo,
que acaba de llorar de una manera
que hace pensar en Dios muy seriamente.

REGINO

DECÍAN que tocaba las campanas
como se toca un corazón, dudando
de su existencia misma, de su tacto,
como se toca el vientre de una madre
que anuncia un nuevo mundo irremediable.

Yo conocí a Regino suspirando
por una margarita malherida,
cantando alegremente un padrenuestro
o derramando un vaso de buen vino.

Yo conocí a Regino antes de abrirle
el corazón con versos, cuando estaba
recosiendo la flor de una casulla
o acariciando cisnes en su trébede.

Regino suspiraba, se reía
como un gato dichoso cuando maya
por un plato de amor o de caricias.
Yo le encontré llorando, por ejemplo
el día en que perdió tan tontamente
su olfato por las rosas; sollozaba
como una fuente pura y silenciosa.

No era normal Regino, no era un hombre
de los que entran catorce en la docena.
Por eso le quería, porque hablaba
dejándonos a trozos su existencia,
porque era como un lírico anticipo
que se nos daba en rosas y esperanzas.

Hay que observar que el cura no entendía
su calentura de gacela agónica,
su ternura de ciervo acariciado,
su forma de plegarse ante los niños,
su campestre manera de aumentarse
por dentro, en hinchazón irremediable.

Decían en el pueblo que las rosas
no tenían lenguaje para un tonto,
que si tenía el corazón de plástico,
que si sus manos eran de crepúsculo...

Y yo creo que sí, que el buen Regino
era un tonto de amor, un tonto excelso,
un magnífico tonto, un tonto arcángel
en un mundo de cifras y ecuaciones
en donde siete y siete son catorce

porque lo dijo Blas punto redondo.
En un pueblo con alma de pizarra
donde Dios era un número infinito,
donde el trigo contábase en envidias,
donde el amor pesábase en kilogramos
y se medía en metros la esperanza,
en un pueblo en que el alma era un decir
y el corazón, si acaso, una sospecha.

Y Regino contaba por suspiros
y se cobraba en pájaros o en rosas
y cantaba los kiries y los credos
con la unción con que cantan las palomas
cuando la tarde duerme entre sus plumas.

Por eso le quería, porque tengo
su paz como aparcada entre mis versos,
porque aún me duele hablar de aquella noche
en que Regino se murió cantando
como un tonto de Dios y en todo el pueblo
se oyó un olor a rosas y campanas.

CAMPOSANTO

AQUÍ, gracias a Dios, descansa el pueblo
y se acabó por fin lo que se daba.
Aquí, don Serafín, que, por ejemplo,
ordeñaba una piedra fácilmente
duerme tan distraído que no sabe
dónde dejó guardados sus ahorros;
aquí, don Nicolás, que presumía
de alfiler y corbata, no comprende
cómo se va rompiendo su camisa,
por qué se le apolillan los zapatos;
aquí, Rodrigo, el joven estudiante
que iba para doctor «honoris causa»
no se explica por qué dice gusanos
en vez de pronunciar bellos discursos;
aquí Julián Martínez, novillero,
de profesión su sangre, se da cuenta
de que el tendido siete de su tumba
malvas y no pañuelos enarbola.

Aquí, gracias a Dios, don Evaristo,
que está bastante muerto todavía,
ya puede descansar en este escaño
de aquellas agitadas elecciones.
Y aquí, José Manuel, el arquitecto
que alimentó de líneas su bolígrafo,
aquí vino a parar como era justo
una tarde de junio, sin saberse
si al morirse pensaba, por ejemplo,
en un hipotenusa o en un pájaro.

Porque las cosas son, si bien se miran,
así, tan vegetales, que no importan
cuando se tienen sólo cuatro metros
de tierra y una renta en crisantemos.

Por lo demás el campo era bonito,
los cipreses su sombra derramaban
y las piedras cumplían su promesa
de humedad dignamente sordomuda.

Tenía el camposanto muchos pueblos
polvo a polvo enterrados, con sus besos
a medio terminar, con sus pasiones
fermentando la paz de los gusanos,
muchos pueblos enteros sucediéndose
desde el aire hasta el polvo, desde el grito
hasta el total silencio de la tierra
que tiene tanta muerte acumulada
para que abril prosiga dando flores.

Porque en el pueblo seguirán bailando
a pesar de la tierra las muchachas

y seguirá Ramón dando señales
de vida a los trigales ya maduros
y María Luisa seguirá pensando
en Luis, que ya es abuelo,
y órdenes oportunas el alcalde
cursará al alguacil todos los miércoles
y el maestro, en la escuela, ante los niños
llenará la pizarra de quebrados
para no enamorarse de las mozas
que sigue siendo el sueldo insuficiente
y el pan se está poniendo por las nubes.

Aquí, gracias a Dios, descansa el hilo,
la aguja, la madeja, los disgustos
del acta notarial o la esperanza
de que pueda llover en San Isidro;
aquí, entre los cipreses solitarios
yace el odio mortal de las familias,
la sed de los anillos, el orgullo
de los nobles escudos inventados,
el tul con ilusión, el niño nuevo,
el temblor de la enagua ante el marido,
la sonrisa del padre, el caramelo,
el pañuelo de «nylon», la ternura
de la palabra apenas pronunciada,
el insulto del mozo a los pardales...

Aquí, gracias a Dios, descansa el pueblo
y el polvo vuelve al polvo nuevamente.

EPÍLOGO PARA LA ESPERANZA

YA hemos tomado el pulso a los gorriones,
ya hemos puesto el termómetro al recuerdo,
ya, desmigado el pan, bebiendo el aire,
cosechando el dolor, segando el gozo,
espigando la mies de la tristeza,
hemos cantado al pueblo en sus crepúsculos
y en sus amaneceres, hemos dado
noticias de su tiempo y de su olvido.

Sólo nos falta hablar de últimos besos,
de últimas voluntades, referirnos
a las postrimerías del ocaso,
a lo que queda cuando el sol se apaga,
al terrible después de la ceniza,
al póstumo milagro de la aurora.

Nos falta hablar de cuando el pueblo acabe,
de cuando Luis ascienda a vicerey
y cumpla María Luisa veinte siglos
y ya nadie se acuerde de que es viernes
o de que el mar, al fin, se ha vuelto niño.

Me refiero a la trébede del cielo,
al pueblo concebido por los ángeles
a la repoblación de los cerezos.

Porque a pesar del odio y de la envidia
Ramón sufrió bastante, amó lo suyo
y se murió sembrando una amapola
antes de que estallaran los sollozos.

Porque Regino se nos fue cantando
excelsamente a Dios y es muy posible
que no se dieran cuenta las campanas
de que en su mano azul cabía el mundo.

Porque a pesar del álgebra el maestro
inundó de ternura su agonía
y supo despedirse de los trigos
y cantar una cifra en asonante.

Y María Luisa se murió contenta
con la esperanza de encontrar marido
en un astro lejano o un padrenuestro
para llegar más pronto a las estrellas.

¿Para qué decir más?

Todos murieron
poniéndose una flor en la solapa,
escondiendo su ayer en un bolsillo
para que nadie viera sus pecados,
disimulando antiguas cicatrices,
penas por acabar, odios ocultos,
deudas de caridad recién pagadas,
rencores lentamente acumulados.

Pero yo sé que todos se acabaron
pensando en Dios, ardiendo de esperanzas,

figurándose el cielo a su medida
y contando su pena a los arcángeles.

Tú bien sabes, Señor, cómo lucharon
para poner su corazón en orden,
para sembrar el pueblo de jacintos
o entender el dolor de las campanas.

Tú bien sabes que el pan era difícil,
que el agua estaba escasa, que las flores
enfermaban de amor en las macetas
y que la sed quemaba las sonrisas.

Por eso yo te pido por el pueblo,
por su encalada desazón, ahora,
después, a veinte siglos de su olvido,
cuando ya el camposanto es trigo verde
y duermen los escombros en los surcos.

Ya todos habrán sido perdonados,
celestemente ardidados en lo puro,
pero si alguno hubiera sin pañuelo
para secar su llanto, si en tu trébede
celeste aún se quemara alguna espiga,
resucítalos ya, Señor, promulga
tu perdón y tu gloria, que ya es sábado
en la semana del amor, que el pueblo
ya es pan de serafines y nosotros,
que nacimos con ellos en la trébede,
también pertenecemos a sus lágrimas.

De «LA TRÉBEDA»

DON ERNESTO

NO es extraño que un beso se suicide,
que se ahorque una flor de una solapa,
que un pájaro se afilie al comunismo
o que una hormiga se declare en huelga
mientras el aire sepa a don Ernesto.

No me sorprende que las piedras sangren,
que el corazón estalle en las camisas,
que cruja la madera de los púlpitos
mientras haya una voz en el Casino
que insulte la humildad de las cucharas.

Porque, ustedes ya saben, don Ernesto
—medalla individual de la soberbia—
es de los que pasean perdonando
que cante un rruiseñor o que una rosa
perfume una mañana de septiembre.

Porque él es licenciado en silogismos,
cónsul de la verdad y no comprende
que opinen los claveles o que el trigo
madure sin la firma de un notario.

Porque vive domando las palabras,
descifrando ecuaciones celestiales,
enmendándole a Dios sus desaciertos
y no consiente que alguien le salude
sin descubrirse el alma cuando pasa.

Hay quien suelta a su espalda maldiciones,
pero, si llega el caso, le abanica
con suavidad de cisne acostumbrado.

Es un extraño caso don Ernesto;
emana autoridad desde sus lentes,
desde el brillo inmortal de sus sortijas,
desde el bastón que empuña su insolencia.
Y todo es porque conde fue su abuelo,
porque suenan sus dólares a púrpura
y porque sabe hablar correctamente
del curso que ha tomado la política.

Es insólito el caso... Hasta el alcalde
tiene en cuenta su atlántico criterio
y acaricia su torso escayolado
en donde no se posan los jazmines;
hasta la autoridad más apremiante
respeto su antebrazo donde mueren
en formación perfecta los arcángeles.

Don Ernesto se lava, desayuna
tostadas de estupor y omnipotencia
y cuando firma efectos notariales
es como si inventara un mundo nuevo.

Pero en su corazón, ya remotísimo
un pájaro le canta traicionándole.

No

GABRIEL

SE prohíbe pensar... Este es el lema.
¿Vivir? ¿Morir? Cazar. La duda ofende.
Vale más un disparo que un proverbio
y un perdigón, por cierto, que una lágrima.

Porque Gabriel es cazador, no llega
apenas a ser hombre... Se prohíbe
pensar... Este es el lema y el dilema.
¿Vivir? ¿Morir? Cazar hasta olvidarse.

Porque Gabriel es cazador de origen
y la escopeta le nació en las manos,
poque le huele a pólvora el recuerdo
y el corazón le suena a perdigones.

Bien es verdad que sabe hacer la nómina,
que cumple exactamente sus deberes,
pero le duele el humo del cigarro
si entierran en domingo a un compañero.

Él no sabe si España está curándose,
si es tan fiero el dolor como lo pintan,
si es cierto que se mueren los geranios.
Él no se entera nunca si los sueldos
no alcanzan para el pan, si faltan brazos
para sembrar la próxima simiente;
él no comprende por qué llora un niño,
por qué gritan los frailes en el púlpito,
por qué su prima hermana se fue monja.

Gabriel es tan sencillo como un verso
escrito por un ángel para un árbol,
es tan elemental como un arbusto
que crece sin saber quién lo ha sembrado.

Él se levanta pronto los domingos,
oye llover la misa urgentemente
y sale al campo con el alma auestas
y el corazón oliéndole a tomillo.

A veces, se le escapa alguna pieza
y blasfema o enciende un cigarrillo
sin darse cuenta apenas de que es hombre.
Sólo cuando regresa por las tardes
y le acaricia el galgo del recuerdo
piensa que ya ha cumplido los cincuenta
y es posible que Dios esté en lo cierto.

Pero enseguida volverá el domingo
y huirá de la ciudad alegremente,
dejando abandonado en su cartera,
junto a su corazón, lirio en desuso,
un beso deshojado por un ángel.

LÓPEZ

SÉ solamente su apellido: López.

López de profesión. López de vida.

López desde los pies a la cabeza.

No estudió en la aritmética los números,
pero sabe sumar, con tal soltura,
el kilo y la avaricia, el pan y el beso,
que vende por arrobas su conciencia
para multiplicar su purgatorio,
que es capaz de tasar una amapola
o de poner en venta un padrenuestro
para aumentar su triste soltería.

(Dicen que, cuando piensa, deja mancha
y se cobra a sí mismo las sonrisas...)

Sus dedos acarician los billetes
con una extraña devoción de amante,
y cuando paga el pan, reza los números
y apunta su tristeza en un cuaderno.

Por lo demás, el cine no le importa,
le tiene sin cuidado que haya curas,
que la ciudad se alegre los domingos
o que vaya el amor en automóvil.
(Y en cuanto al alma, sabe que no pesa
diez gramos si se pone en una báscula.)

Sólo medita en las contribuciones
y salmodia en voz baja kilogramos;
sólo canta por dentro largas sumas
cuando hay que revisar los albaranes.

No le preguntes nombres de ministros
ni si van a la luna los satélites,
sólo sabe que hay actas amarillas
y hay que tener cuidado con los precios.

Su corazón, en suma, es como un páramo
donde nunca llegaron las palomas,
un estante olvidado donde sueñan
su infancia lejanísima los pájaros.

Sólo sé su apellido, ya lo he dicho.
Puede llamarse Carlos o Bernardo
aunque lo considero muy difícil.

Pero lo más terrible es que está solo,
frío como un importe cancelado,
yerto como una deuda perdonada.

Decidme si con estas otras cosas
puede ser bueno un hombre, si hay harina

para amasar un corazón que cante,
si hay niños que comprendan por qué hay flores,
si hay ángeles que puedan convencerle
de que en mayo zurean las palomas,
de que la primavera no es un bulo,
de que la aurora tiene sus razones,
de que escasea el pan en algún sitio
y él podría comprar con sus ahorros
una sonrisa a un niño o un pañuelo
para enjugar el llanto de una madre.

Decidme si es posible que alguien logre
poblar su corazón de tamarindos,
inundar su trastienda de jilgueros,
entrar en su desván deshabitado
y abrir, de par en par, sus miradores
para desempolvar sus esperanzas.

¡Si de él sólo sabemos que está muerto,
que es López de tristeza y apellido...!

DON CELSO

LAS rosas se suicidan a su paso,
los pájaros gorjean en voz baja,
huye la primavera de sus labios
y se espanta la luz con tanta noche.

Y todo lo sencillo: el aire, el trigo,
la amapola silvestre, el verde prado,
la sonrisa de un niño, la esperanza
de una madre reciente, ya no saben
si están equivocados los jardines
o estará en un error la primavera.

Ya sabéis de quién hablo: de don Celso,
recaudador de ideas importadas,
que mira asesinando a los claveles,
que siembra entre las mieses herejías
y que incendia las aulas de conceptos.

Y sabe tantas cosas, ha leído
tantos libros de Spengler o de Kierkegard
que ha llegado a la fácil consecuencia
de que la rosa es, francamente, imbécil,
de que la sencillez está muy vista,
de que morirse en viernes es absurdo.

Por eso, cuando cruza por la calle,
compadece el orgullo de los médicos,
la ingenuidad azul de las muchachas,
el mundo intransitivo de los novios
o el tono que se dan los concejales.

No entiende cómo viven las palomas
sin pensar en la angustia de los chopos,
por qué gorjea un pájaro si sabe
que ha de nevar diciembre sin tardanza;
no comprende que sueñe Adán Fernández
con musicales tórtolas, que Carlos
reparta el corazón en los suburbios
o que yo, es un decir, me tome el pulso
para saber que vivo todavía.

Y, sin embargo, sé que su canario
le pide un poco de aire cada día,
que no comparte el sueldo con los pájaros,
ni reparte su pan con los de octubre
a pesar de que está muy convencido
de que la vida está bastante cara
para comprarse un kilo de esperanzas.

Pero, ¡qué se va hacer!, don Celso, el hombre,
es un montón enorme de conceptos,

una intoxicación de silogismos.
Nunca besó una flor. No tiene labios.
Nunca logró vivir fuera de texto.
Nunca se arrodilló junto a una alondra
ni se manchó de polvo la camisa.

Sigue desempolvando sus lecciones,
campaneando el alma en cada frase,
exprimiendo la fruta de la lógica
y no se entera nunca de que mayo
contradice con pájaros su credo.
Y no cae en la cuenta, ésta es la pena,
de que, a pesar de Spengler o de Kierkegard,
tienen razón las rosas cuando huelen.

DON CÁNDIDO

AL principio es el sueño, la promesa
de sembrar de violetas el suburbio,
de adoquinar la paz del municipio,
de repoblar la noche de farolas,
el propósito firme de que en junio
se vendarán las llagas del asfalto
o podrán repatriarse las facturas
a la justa nación de la cobranza
o, por de pronto, que, en septiembre, Ordóñez
no faltará a la cita en los carteles.

Al principio es el cántico, el discurso,
la inyección de esperanza a los ediles,
el aurífero diálogo en la Prensa
anunciando una Escuela de Peritos,
una iluminación más decorosa,
dos urbanizaciones necesarias
o la estación futura de autobuses.

Los niños sueñan blancas alcaldías
y edifican, en barro, rascacielos
y los vecinos juegan a los cálculos
multiplicando cifras a su antojo
para que el presupuesto se nivele.

Pero hay muchas sonrisas pecadoras,
alguien que sabe mucho y pronostica
que para ser alcalde es necesario
poseer, cuando menos, dos escudos
o haber nacido rico de antemano;
alguien que está sentado en sus recuerdos
que vive de su renta de apellidos;
alguien que está cobrando de la nómina
y vive en Cartagena, como es lógico;
alguien que tiene título de conde
y que administra bien su aristocracia.

Pero no es de los débiles don Cándido,
no es de los que presume de parientes
ni de los que han nacido capitanes.
Él supo hacerse en barro y no le asusta
que haya que apuntalar un siglo en ruinas
o rejuvenecer un chopo enfermo
y es capaz de volar una muralla
o de amansar la voz de una pantera.

Por eso andan los condes cabizbajos,
por eso se impacientan los de siempre,
por eso se alborozan los violines
y lloran en su jaula los barberos;
por eso las columnas del periódico

relumbran de sigilo en sus dietarios,
porque el alcalde acusa reciedumbre
y ha rasgado la red donde pescaban
desaforadamente los caciques,
porque está demostrando que ya es lunes,
que ya no se reparten caramelos,
que la palmada al hombro ya no vale
un permiso oficial, un cheque en blanco
o un billete dejado en un bolsillo
para que no se sepan tantas cosas.

Pero al fin volverán esos de siempre,
los que acostumbran a cerrar el puño
y asfixiar dulcemente a los insectos;
los que venden el alma o la camisa
para que les admitan una instancia;
los que desde el sillón del privilegio
juegan al ajedrez de los balances;
los de siempre, los títulos sentados
a la sombra del árbol genealógico;
los que no le perdonan a un alcalde
que salude a las flores cordialmente
o que se pare a hablar con los jilgueros.

JACINTA

AQUÍ quisiera ver a las alondras
que gorjean al aire sus sonrisas,
aquí quisiera ver a los que piensan
que Dios es un negocio en exclusiva,
aquí venir debieran los que empuñan
un átomo de angustia, una molécula
de luz o de dolor o de misterio,
a investigar por qué llora Jacinta
por qué le duelen tanto sus claveles,
porque los ojos de Jacinta nievan
cada vez que maduran los fusiles.

Que aprendan los maridos sus periódicos,
que hablen a reventar de si Lumumba,
que descarguen su rabia en los tendidos,
que jueguen al amor o a la política.

Jacinta nunca sueña en subjuntivo,
nunca sabe si es quince o diecisiete
y solamente nota que se acaba
el mes cuando le duele su despensa.

Por eso, cuando llega su marido
y le cuenta que el mundo está en las últimas,
ella asiente su pena simulando,
porque ella sabe que la China roja
no vale lo que un bucle de Gabriela,
que el problema del Congo se resuelve
si aprueba la aritmética Juanito,
que cuarenta millones de soldados
no podrán derrotar a María Luisa.

Lo que tiene importancia es que mañana
desayunen sus hijos su cariño,
que haya carbón para encender los besos
y el panadero venda el pan cantando.
Lo que tiene importancia es que la vida
liquide sus retales de esperanza,
aunque estalle la guerra y se destruyan
diez o doce millones de cantares.
(Ella abraza a sus hijos y sospecha
que todo ocurre en Asia, que las bombas
saben que su canario es inocente...)

Jacinta, la mujer, vive hacia el beso,
hacia el cuarto de baño, hacia el cocido,
apenas piensa que hay Madrid, tranvías,
venta de corazones a buen precio,
negros que piden pan y vacaciones,

señores que se juegan en un número
una fortuna, una mujer o un pájaro.

Jacinta llora, ríe, besa, azota,
lava, guisa, repasa, desafina
y cuando el vientre, un día, se le comba
es cuando menos cree en los periódicos.

Y no comprende, la verdad, que Enrique,
mientras ella remienda su ternura,
sueña en los graderíos, se apasione
hasta la trasfusión por un «penalty»
o entable discusiones siderales
defendiendo posturas democráticas
y apenas se dé cuenta que Juanito
confunde un ruiseñor con una alondra,
o que Gabriela, sin querer, se asusta
sintiendo que le brotan amapolas
o que le están creciendo a María Luisa
lentamente colinas espontáneas.

Por lo demás Enrique va a la iglesia
y se persigna todos los domingos
y es anticomunista por decreto,
y no permite nunca que Jacinta
opine por las noches del cansancio,
y no perdona que Jacinta le hable
de que el sueldo resulta insuficiente
para comprar estrellas a los niños.

EPÍLOGO PARA MAYO

OS juro por las rosas, que habrá mayo,
aunque el sol se disguste con las nubes,
que la ciudad merienda su alegría
y la esperanza juega con los niños.

Pongo como testigo a las muchachas,
a los pañuelos blancos, a los besos,
de que habrá mayo más que suficiente
si logramos sembrar nuestra tristeza,
si es posible que llueva antes del odio.

Yo te juro, don Celso, por los árboles,
que en un estante de Gabriel sestea
una infantil alondra de ternura;
yo te juro, Gabriel, por tus perdices,
que don Cosme no riega sus plegarias
por culpa de Occidente; yo te juro
don Cosme, que si Luis odia y blasfema
es porque Juan blasona de católico
o porque don Ernesto, en misa de once
quiere rezar a Dios en exclusiva;
yo te juro, Jacinta, por los pájaros,
que Enrique está pensando en el partido
porque ignora el sabor de un padrenuestro.

Por eso os aseguro que habrá mayo
mientras haya una madre y un pañuelo
y desayunen besos los chiquillos,
mientras os quede el corazón de Carlos
sembrando de claveles una lágrima,
mientras Adán Fernández tenga tiempo
de escribir con el sueño pasadobles.

Vamos a comprendernos, a cambiarnos
las ropas, a que el árbol se haga rosa,
el río arroyo humilde, la pantera
celestes ruiñón, níquel el oro,
labio la siempreviva o lluvia el aire.

Vamos a comprender, a ser el otro,
don Ángel, don Ernesto, Luis o Cándido,
cambiémonos la pluma por la pala,
el libro por el vaso o por los números;

vamos a intercambiarlos los papeles,
el mono azul por el flamante «smoking»,
el sillón guateado por la silla,
a ver si al acostarnos comprendemos
que el telón está a punto de bajarse
y está esperando Dios para aplaudirnos.

Capital de provincia... Cada uno
en su calle, en su amor, en sus talentos,
cada uno en su puesto de esperanza.

Yo os juro, por mis versos, que habrá mayo
mientras sonría el sol en las escuelas
y sueñen con arcángeles los niños.

De «CAPITAL DE PROVINCIA»

PÓRTICO PARA DECIR UNOS VERSOS

UN día uno se sienta en una silla ilustre
para hablar de algo extraño, de un mundo que no pesa,
de una ciudad lejana transitada de sueños,
poblada de preguntas, habitada de cuandos.

Usted, entonces, viene —digo yo— de una máquina,
de un papel de escritorio o de una letra en firme
y no entiende de pronto cómo entrar en un verso,
cómo abrir esta puerta donde un hombre se piensa,
cómo cruzar la línea fronteriza del sueño,
la aduana donde empieza a hablarse en otro idioma.

Usted —es lo probable— se levantó a las nueve,
resolvió en su oficina problemas especiales,
se pasó la mañana sudando soluciones,
repitió treinta veces la palabra «dinero»,
regresó a su comida, comentó con su esposa
las últimas noticias, y quizá —jenhorabuena!
si es así— tuvo tiempo de besar a sus hijos,
de repasar sus vidas aunque fuera un momento.

Después volvió a sus números o pasó su consulta o despachó sus telas o revisó albaranes o gestionó la compra de unas nuevas acciones. Pero no, lo más fácil es que esté equivocado, lo más probable, acaso, es que usted es de los míos, de los que están dispuestos a escuchar corazones, a aguantar que alguien llueva palabras, cantidades de amor bien barajadas, penas que son de todos o llantos hermosísimos sin posible argumento.

En cuyo caso sigo, me permito rogarle que se siente conmigo un momento, que olvide que existen ministerios y anuncios luminosos y calles transitadas de hermosos trolebuses.

Porque hay quien no comprende, quien viene de la calle por puro compromiso, quien huele a carne hermosa o a cine divertido o a importe calculado, quien viene del negocio, quien sabe a cheque sólo o a nómina segura o a darse buena vida.

Usted perdone, amigo, si no está acostumbrado, si no estamos de acuerdo...

Sospecho que usted tiene razones muy sobradas, que usted está en lo cierto, que usted pisa más firme, que yo vivo en las nubes.

Pero uno, usted comprenda, quizá no tiene culpa de haber nacido ardiendo; uno mejor querría haber sido arquitecto o general del Aire o perito en millones...

Y uno, porque ¡quién sabe! se encuentra aquí sentado, dispuesto a confesarse

quizá impúdicamente, dispuesto a darlo todo:
alegrías, tristezas, en resumen, un poco
de nada, una merienda de vida, unos instantes
de gozo o de sosiego...

Perdonen si molesto,
si a veces me desnudo, si pierdo mi decoro.

Advierto que estoy vivo, que quemó si me tocan,
porque esto es un poeta. A fin de cuentas, alguien
que no tiene la culpa de haber nacido ardiendo...

MARÍA LUISA

I

LA PIENSO CUANDO NIÑA

SÓLO cuando estoy solo me pregunto por ella,
la pienso cuando niña, cuando en la escuela ardía
su mirada reciente y era amiga del aire
y hermana del domingo...

Sólo cuando estoy solo
y me duele la tarde de tanto estar pensando,
María Luisa me viene de su niñez hermosa
saltando en mi recuerdo como un beso tardío.

¿Qué se hicieron sus bucles de trigo numeroso,
su blusa donde el aire no se atrevió a esconderse,
sus manos que contaban estrellas al abrirse?

Era entonces tan niña, tan casi, tan apenas
que nadie hubiera escrito su música en el viento,
que nadie hubiera dicho que iba a quemar por fuera
o a estrenar cualquier día su flor en un muchacho.

Sólo cuando estoy solo pienso que no es posible que esta tarde haya hablado con ella, con alguna que cruzaba la calle y me habló de la lluvia, de qué mal tiempo hacía, de que cobró sus rentas o de que ayer estuvo comprándose un pañuelo.

Sólo cuando estoy solo pienso en José, en lo triste que resulta morir después de haber amado, después de haber dejado su huella en una frente, su semilla en un surco, su aroma en una frase.

Sólo cuando estoy solo me muero a bocajarro pensando en José amigo, en José casi siendo, en José, polvo mío... y en María Luisa, nieve de su entonces, ceniza de un fuego lejanísimo.

II

LA PIENSO CUANDO AMOR

HOY que todo ha pasado, que José ya se ha muerto, recuerdo a María Luisa cuando amor...

Era el tiempo
en que todos los pájaros se ponían de acuerdo.

María Luisa tenía la edad de la esperanza,
la sed del trigo verde, la luz honda de agosto.

En su pecho cabía la espuma de un océano,
en sus ojos el brillo feliz de las estrellas,
en su seno el perfume frutal de las manzanas.

Y así fue que una tarde se incendió como un monte
y un relámpago inmenso, José, y una caricia,
José, y un estallido, José, logró nombrarla
lo mismo que se nombra la mar si se contempla
o el pan cuando se corta o el sol cuando amanece.

María Luisa quedóse plena y enriquecida,
completa como un vientre destinado a ser hijo,
hermosa como un árbol que comienza a dar frutos.

Su mundo se llamaba José, José su música,
José su luz, su vino, José su fe, su tiempo,
y José su domingo, su fiesta inenarrable
y José su manera de ser, su pena misma,
su alegría de hacerse, de hablar o de peinarse.

Yo no sé si se puede llenar más una cántara,
si caben más semillas de rosas en un tiesto,
si puede iluminarse con más luz una estancia
o si es posible un cielo donde haya más arcángeles.

María Luisa era toda José, José por dentro
navegando en su sangre como una nave inmensa.
No cabía ya en ella ni un verso delgadísimo,
ni un breve pensamiento, ni un asomo de muerte.

Se sentía tan plena, tan bien acompañada
que no necesitaba ya más para saberse.

SALA DE JUEGO

HAGAN juego, señores, hagan vida,
apuesten lo que tengan: Una idea,
un sentimiento, una ilusión querida,
una nostalgia... ¡Apuesten lo que sea!

No se queden parados o escondidos
mirando la ruleta, jueguen penas,
lágrimas por secar, amores idos,
sonrisas tuyas, lágrimas ajenas.

Se prohíbe quedarse en los pasillos
o contemplar las lámparas colgadas,
apuesten cheques, árboles, ladrillos,
apuesten besos, cánticos o espadas.

Apuesten hijos que dolores cuestan,
padres que ya no son, amaneceres,
apuesten su virtud mientras apuestan
otros su vanidad o sus mujeres.

Apuesten soledades, amarguras,
júbilos también hay y hondas sonrisas,
apuesten gozos íntimos, ternuras,
urgencias de ganar y oscuras prisas.

Acérquense a la mesa, se lo ruego,
no se queden así, como indecisos,
acérquense a la vida y hagan juego.
Pueden ganar infiernos, paraísos.

Pueden tocarles júbilos por penas
tristezas por amor, luz por dolores,
pueden volverse con las manos llenas
de esperanza y amor... ¡Jueguen, señores!

Jueguen a la ruleta de los días,
jueguen su amor a un número cualquiera,
apuesten corazones, alegrías
a cara o cruz... ¡La suerte les espera!

Hagan juego, señores, prueben suerte
y si nada les toca en adelante
jueguen a la ruleta de la muerte
por si les toca Dios ¡Que ya es bastante!

SONETOS PARA APOSTAR POR UN POETA

I

ES inútil. No sabe. Juega a cosas
que no valen la pena, a sintonías,
a palabras, a llantos y alegrías,
menos aún, a pájaros y a rosas.

A veces juega a cartas misteriosas
que nadie entiende o juega a fantasías
o a esta fugaz baraja de los días,
a este vivir cazando mariposas.

Al fin se queda solo, veranea
en su mundo inventado y se procura,
a duras penas pan y, apenas, vino.

Pero, cuando se sueña, cuando crea,
es un niño embriagado de ternura
que está como jugando a lo divino.

II

Testigo de su tiempo, se recrea
en proclamar al hombre... Es como un fuego
que quema su existencia, como un ciego
clamor de eternidad que le rodea.

El navega en su magia, en su marea
de vidas, vive siempre para luego
y nunca entiende para qué este juego
de apostar cuando sea y como sea.

Y se limita a ser testigo, pluma
de todo cuanto vive y cuanto toca
sin saber para qué ni para cuándo.

Nada resta a la vida, nada suma
a lo que está ocurriendo. Dice, evoca...
Juega a soñar y sueña estar jugando.

III

No sé por qué la incógnita consiste
en que está triste. No es extraño. Llega
siempre tarde a jugar y cuando juega
juega al tremendo juego de que existe.

Sabe que anda, que come, que se viste,
que va y que vuelve por la noche ciega
y que no llega nunca o que, si llega,
llega cansado y juega a lo más triste.

¿Por qué su pena? ¡Quién lo sabe! Acaso
porque es feliz así, porque no sabe
jugar a la alegría y sólo espera

aligerar, como quien dice, el paso,
llegar antes que el juego se le acabe
para jugar con Dios cuando se muera.

SEIS O SIETE MANERAS DE LLORAR POR UNA MADRE

PORQUE un día, según estaba escrito,
se nos muere una madre, pongo un caso,
la mía, y el dolor a voz en grito
quiere, en forma de amor, abrirse paso.

¿Cómo llorar? ¿Con lágrimas? Sospecho
que es poco cauce para tanto río.
El corazón apenas está hecho
para que quepa en él tanto vacío.

Una manera de llorar sería
adelantar el tiempo, darle cuerda
precipitadamente a la alegría
para que ni una lágrima se pierda.

O también contar penas a los niños
¿verdad, madre? O quizá grabar la cinta
de tus años, volver a tus cariños
¡aunque ya siempre sonarás distinta!

No sé cómo llorar. Estoy tan seco
que ya no entiendo el agua. Y yo quisiera
llorar hasta saber si es que estoy hueco
o es que debo llorar de otra manera.

Porque no he dicho todo. Estoy queriendo
saber por qué, qué estruendo me ha ocurrido
que no he llorado, madre, que no entiendo
esta triste campana sin sonido.

Quizá he llorado y no lo sé. Es posible
que cuando beso a un hijo y te recuerdo
te esté llorando, haciendo repetirle
tu amor en mí, sabiendo que te pierdo.

A veces pienso que al mirar un trigo
maduro, al escuchar la primavera
estoy llorando por estar contigo
luchando por llorar de otra manera.

Ya ves. Hay muchas formas de llorarte:
Llenar de abril los ojos, dar un beso
a un hijo que despierta, ver la parte
que me toca de ti cuando regreso.

Es posible que sí, que cuando río
pensando en tu sonrisa esté llorando,
que cuando hable a mis hijos de lo mío
tú estés entre mis lágrimas temblando.

Hay tantas formas de llorar que siento
que llorar es vivir, servirme el vino,

cortar el pan, gustar el alimento
o simplemente andar por un camino.

Jugar a tantas penas heredadas,
a tantos gozos tuyos aprendidos,
cobrar tus esperanzas impagadas,
resucitar tus ángeles dormidos.

Hay tantos modos de llorar que pienso
que desde que te has muerto, yo diría,
que tu sonrisa es como un llanto inmenso
que está lloviendo sobre mi alegría.

TESTAMENTO PARA DEJAR UNOS VERSOS A UN HIJO

HIJO, cuando me muera,
deja todo en su sitio, no toques mis apuntes,
no escribas con mi pluma, no revuelvas mis libros.
Hijo, cuando me muera,
no cambies los estantes donde tanto he soñado,
no alteres el desorden de mis noches amigas,
no digas en voz alta mi nombre...
¡No sé cómo
decirte que respetes el aire que era mío!

Mira, te dejo todo,
mi modo de quererte, de hablarte, mi costumbre
de ser a voz en grito, mi temor de que algunos
me estén llamando bueno.

Te dejo mi sincero deseo de haber sido,
mi pasión por los hombres que sueñan en voz alta,
mi ciego escepticismo por las mercaderías
y mi fe inquebrantable en las rosas inútiles.

Hijo mío, te dejo
esto que soy, un número que no he entendido nunca.

Piensa, cuando yo muera,
que todo lo que es grande se apoya en su misterio.
¿Acaso el mar se entiende? ¿Entiendes el ocaso
o el amor o la vida o ese beso insondable
del cielo cuando llueve?

Por eso, cuando muera,
no quiero que te acerques a mi mesa revuelta,
no quiero que me ordenes los recuerdos, no quiero
que cambies los sillones de sitio, el cenicero,
las cartas de otros tiempos, no quiero que descuelgues
los cuadros o que muevas la luz de las ventanas.

Déjame como he sido.

Pon a secar, al aire de tus años, mi vida,
investiga en mis sueños, copia mis soledades,
recita mis anhelos de Dios, mis esperanzas
de ser contigo un día, aprende mi tristeza
gozándola por dentro.

Hijo mío, te dejo
—te será suficiente para andar por mi muerte—
mis versos...

No hace falta que los entiendas...

Todos

son como yo, hijo mío, algo que no se acaba
de entender como ocurre con todo lo inefable,
como el mar que es hermoso, el mar, que se contempla,
que se nada gozándole y que nunca se entiende.

Hijo, cuando me muera
ya sabes que te dejo a un hombre en testamento.

De «UN HOMBRE LLAMADO JOSÉ»

LA LUZ

¿NO hay nada para mí? Pasa el cartero
del tiempo repartiendo su caricia
y no me llega nunca esa noticia,
esa postal de Luz que tanto espero.

Vivo incomunicado, prisionero,
desterrado, Señor, de tu delicia,
y cuando ya tu mano me acaricia
no sé, Señor, por qué me desespero.

Que me duelen los ojos de buscarte,
que siento malherido mi deseo,
que me canso de tanto desearte.

Que para verte he dado este rodeo
y cuando estoy a punto de encontrarte
hay tanta Luz, Señor, que no te veo.

CARTA A MI INFANCIA

HOY le escribo a mi infancia, a quien he sido,
a ese niño que fui, que ya no entiendo,
a ese candor que se me fue muriendo
y que dentro de mí sigue dormido.

Te escribo a ti, mi niño, porque quiero
que me devuelvas toda mi alegría.
Tú no puedes saber cuánto daría
por rescatar mi corazón primero.

Pero no puedo regresar, no puedo,
sigue dormido en mí con tu sonrisa.
Ser hombre, niño mío, es llevar prisa
y apuntar el futuro con el dedo.

Avanza tú, ven hacia mí, pequeño,
asómate en el pozo de mi hombría
y tírame tu piedra de alegría
para ver si aún resuena por mi sueño.

Corre detrás de mí por si me alcanza
tu inolvidable lazo de ternura
y, si me puedes alcanzar, procura
devolverme mi mundo de esperanza.

Yo no puedo volver, puedo ofrecerte,
eso sí, este mensaje de poesía,
que entre los dos hay mucha lejanía
y se anticipa, entre los dos, la muerte.

POEMA PARA UN SORDOMUDO

A. J. F.

UNA piedra en un cauce no detiene las aguas.
Una bandera, un grito
no son lo suficiente para ahogar un deseo.

Proclamadlo, es urgente, gritos, banderas, piedras
que habitasteis el mundo.

Sólo hay un dique plácido que lo detiene todo:
Una boca en silencio.

Cuando, como los músculos, se tensan las palabras,
cuando se encrespa un río de gritos en el hombre,
se encalman las palabras
con la palabra única de un pastor de palabras.

Pero el silencio no.
El silencio es un dios; un antiguo monarca
del reino de la muerte.

(Hablo de este silencio que reside en tus labios,
de este silencio auténtico que te muerde la boca,
que ciega tus oídos desde hace quince años...)

Desterrado, proscrito de este desacertado
país de las palabras,
habitas en la noche de tu mudez sombría
en la imposible espera de un alba de sonidos.

Tus manos y tus gestos sueñan hacerse labios
cuando busca su cauce tu río de deseos.

(Y sólo eres arroyo subterráneo que crece
ignorando el lenguaje del pájaro y la lluvia).

Yo he tendido las manos muchas veces al aire
en limosna de tantas palabras que se pierden
y que no dicen nada...

Quisiera haber llenado de palabras mis manos
para desparramarlas por tu yerma garganta
como un puñado prieto de trigo serenísimo
y arrancar las raíces de todas mis palabras
y replantarlas íntegras en tu silencio opaco.

Quisiera que estos versos golpearan tu alma
con la misma dulzura que la lluvia golpea
las espaldas del aire.

Y sé que es imposible, que en tu pozo sin agua
no resuenan las piedras, que a tu isla no llegan,
no llegarán las olas
aunque en todas las playas esperen tus oídos.

Este antiguo, este amargo, este grave poema
que ha estado quince años comiendo mis entrañas,
este hijo sin palabras, como tú, sordomudo
que hoy me tiembla en los labios,
que habla por vez primera,
sabe de tus angustias,
de tu noche perenne, de tu fuego sin llamas.

Tú, nunca, luz guardada, podrás iluminarme
y en tus muertos oídos se estrellarán mis versos
como pájaros muertos lanzados contra un muro.
No importa. Dios escucha dentro de tu silencio.
Por eso estoy hablándote, soledad enrejada,
ínsula de deseos.

Y porque Dios escucha, no envidies la palabra;
es un arroyo turbio de pasiones antiguas,
un bosque donde pierden su corazón los hombres,
un instrumento inútil cuando se habla de Dios.

Dios no tiene lenguaje; Dios no dice palabras;
Dios es puro silencio.

Como tú.

Dios nos dice
lo que quiere decirnos, como tú, sin palabras...

LA HARTURA

ME van a preguntar por qué me inquieto
si vivo en paz, si sueño, si sonrío,
si está la mesa puesta y no hace frío,
si tengo vino y pan, si está repleto

de amor mi corazón, si tengo prieto
mi pecho de esperanzas como un río.
¡Pero qué culpa tengo yo, Dios mío,
si tengo hambre de Ti, de tu Secreto...!

Y es que sobre la mesa bien repleta,
sobre el vino y el pan y el alimento
me nace esta pasión y este calambre.

Porque siento el dolor de ser poeta,
el dolor de comer y estar hambriento,
la angustia de estar harto y tener hambre.

LA MUERTE OLVIDADA

QUÉ me importa la muerte si al mirarla
arde mi corazón por conocerla,
si la vida se gana por perderla
y la muerte se pierde por ganarla.

Si vivir es el modo de llamarla,
la manera más pura de aprenderla,
si cuanto más queremos esconderla
es más fácil el modo de encontrarla.

Qué me importa la muerte si se olvida
por pura aceptación, si por besarla
apresurada corre nuestra vida.

Si vivimos tan sólo de esperarla
si la tenemos ya tan consentida
que, sin querer, llegamos a olvidarla.

ENCUENTRO

¡HASTA mañana! —dije—. Y ya es mañana,
y qué mañana, Dios, qué amanecida,
qué expectación de luz, qué agua cernida
en el tamiz azul de mi ventana.

Te lo dije, Señor, como sin gana,
a modo de una breve despedida
y me separa ya toda una vida
entre aquel breve adiós y esta mañana.

¡Adiós! —te dije—. ¡A Dios! Y a Dios me he ido
y no me preguntéis si en este encuentro
fui yo el que iba o Dios quien ha venido.

Sólo sé que si salgo o que si entro
en este corazón recién nacido,
tengo por fuera a Dios y a Dios por dentro.

De «BUZÓN DE ALCANCE»

LA LUZ EN COMPAÑÍA

BAJA la luz del cielo y se reparte
con equidad.

Hay quien, avaro, toma
la luz ajena, y quien, como un aroma,
la respira, la aumenta y la comparte.

Es como el pan, más pan cuando se parte
sobre la mesa.

Es como un claro idioma
que a modo de suavísima paloma
traspasa el corazón de parte a parte.

Común nos es su claridad.

Perdura
mientras estamos juntos.

Desfallece
si hacemos sólo nuestra su alegría.

Porque cuando es de todos es más pura
y más joven.

Y más alumbra y crece
cuando la estamos viendo en compañía.

HE AQUÍ LA PIEDRA

HE aquí la piedra.

Su mole.

Su imposibilidad

de ser alzada.

Cada hombre que asciende
hacia la cima, intentará moverla,
probar su peso.

Habría que llevarla
hasta la cima última, para empezar
a edificar.

Mas no es posible.

Cada uno

pasa y la mira y lástima se tiene
de no poder con ella.

Con la piedra.

Con su mole.

Y todos dicen
que habría que subirla hasta la cima última.

He aquí un tremendo caso.

Pues sucede
que la piedra está aquí, desde hace siglos,
y todos la contemplan y el que pasa
dice siempre lo mismo:
que habría que subirla hasta la cima última
para empezar a edificar.

El cielo le deja hacer al aire, al trigo.
Y Dios al hombre.

A éste también,
al que ha intentado esta mañana,
una vez más, mover la piedra.

La piedra. Su mole,
su imposibilidad de ser alzada.

Y aquí podrán los siglos venir a contemplarla
hasta el adiós definitivo del mundo;
porque no habrá una voz que nos congrege
junto a la piedra, para entre todos levantarla
hasta la cima última.

Y edificar en ella
un mundo nuevo.

REMONTAR ESA EDAD

REMONTAR esa edad, en que todo comienza a ser de otros, como una herencia de recuerdos efímeros, es como estar sobrevolando la noche de haber sido.

Quedan atrás los años
como un paisaje muerto, como un río en desuso.

Porque ahí, sólo ahí,
como un detritus, queda inerte el pasado.

El sueño que tuvimos, su vino refrescante,
los triunfos que nos dejaron su huella
pestilente, aquel verano en que nos parecía
que el sol era ya nuestro,
todo es materia de la nada.

Quedan atrás las cosas porque no fueron nuestras
nunca, porque jamás las poseímos.

Hubo amor,
pero si amamos fue sólo para amarnos.

Remontar esa edad, en que nos vemos despojados
de futuro, desposeídos antes de su lejana posesión,
yermos como la tierra pedregosa,
es como andar a ciegas por un paisaje abrupto
y sin caminos.

Sólo nos queda en nuestro ajuar cuanto dimos
sin esperar el cambio, esa moneda
última que quedaba en nuestra mano
para el primero que pasara.

El resto ya no cuenta.

Ved la nada
cómo va tras nosotros, persiguiéndonos
empujándonos, destruyéndonos,
para que dejemos de ser.

Nada que no se ve,
que va tras de nosotros deshilándonos.

Cuando era niño
la presentía lejos, esperándome

y ahora, en esta edad que como un monte
me eleva para ver, pienso que entonces
ya me empezaba a perseguir, ya estaba
igual que un terco cazador, buscándome,
ojeando mi rastro oscuramente.

Nació detrás de mí, melliza mía
y sombra de mi sombra, babeando la luz
en mis dominios, matando, aniquilando
todo cuanto viví...

Y esto me queda,
lo que no fui para ser otros,
lo que gasté de mí sin pedir nada,
esta pequeña suma que fui dando en palabras
en música, en aroma.

¿QUIÉN ES TAN RUIN...?

¿QUIÉN es tan ruin que beba de su alma,
cántaro único para dar de beber, su propio mosto?

¿Y quién, tan miserable, que en su lecho
yazga consigo, goce con su júbilo?

Vino y lecho
y pan y carne y corazón y música, dones son
para ser compartidos.

Nadie, que no quiera morir,
cierre su casa, baje las persianas, eche el cerrojo
para que no entre el aire.

Sea maldito aquel que guarda
su corazón en caja de caudales.

Sea maldito
el que pone compuertas a su fluvial deseo
de cantar.

Porque la sangre ha de nacer en cada uno
y correr y correr de vena en vena,
de un hombre a otro, sin posible descanso,
regando piedras, surcos, rosas, cardos,
fertilizando penas, soledades, floreciendo
dichas, también, hasta alcanzar el mar.

La creación es como un río prodigioso
de amor, y si se inunda la campiña
o se devasta el fruto o gime la cosecha,
es porque hay alguien que levanta diques,
muros de contención.

Basta un insulto
para que el agua vaya turbia.

Basta hablar solo
o beber a escondidas para frenar el pulso
de las venas y sentir cómo el hambre multiplica
sus bocas, y cómo el cielo, el lodo, el barro
levantan barricadas sobre el cauce.

Ay, entonces, —decimos—, aquí no llega el agua
de Dios, —decimos— ¡qué sequía!, —decimos—
¡sedienta está la tierra!, —decimos—, es mentira
todo: ¡El agua ya no existe! —decimos...—

Y dentro de nosotros, el agua gritará
como una loca su deseo más íntimo de darse.

CADA VEZ QUE EN LA NOCHE



CADA vez que, en la noche, oigo el crujir del odio
me pregunto quién puede sujetar a una hiena
o detener a un tigre.

Y entiendo
por qué el misterio crece y se levanta
amurallando la verdad, impidiendo a la luz
su claro oficio.

¿Cómo es posible
edificar un faro sobre estas rocas
de espuma y de algodón?

Porque el rencor
ablanda la firmeza, invade toda decisión
de ser fuertes, destruye con su pólvora
la claridad.

Es triste.

Pero tenemos que empezar
por algún sitio a trazar nuestra calle,
a proclamar, Dios mío, que hemos venido aquí
para algo más que para estar cantando
a la puerta de nuestra casa, en espera
de alguien que pase y nos sonría.

Será traidor a su existencia
quien se cruce de brazos y espere
a ver pasar su entierro.

Nada importa su muerte,
sino las vidas que no pudo alumbrar
mientras estaba en su terraza, tomando el sol
de todos.

Dios: ¡Es difícil dar contigo
desde una habitación bien soleada,
rodeada de pan por todas partes!

Dios: ¡Es difícil el intento, es difícil
estar horas y días achicando la sombra
y ver qué fácilmente se nos llena
el corazón de noche!

Todo porque estuvimos
juntos en la cena, solazándonos, pero
a la hora del combate, nos fuimos a soñar
bien arropado cada cual en su sombra.

Decidme si, hermanados, en multitud amante
y con toda la luz inmensamente nuestra
no podríamos, juntos, lograr que el mundo viese.

HERMOSO ES EL SILENCIO

HERMOSO es el silencio
cuando es palabra por decir.

Fecundo el hombre
cuando en su soledad piensa en su abrazo
próximo.

Dícese mucho
callando, cuando se hace la palabra
pan elocuente o fértil sacrificio.

No siempre
es argamasa el verbo.

A veces hiere como un dardo.

Resulta aconsejable enmudecer
cuando se enturbia la saliva y la lengua
es una daga amenazante.

Antes de hablar
lavemos el silencio precursor del sonido,
curemos las palabras de su posible fiebre
de rencores.

Hagámoslas urdimbre, tejido amable,
abrigo necesario contra el tiempo
que amenaza nevar.

Pero es preciso el diálogo.
Colaboremos para ser hablando unos con otros.

Somos gracias a que nos abrazamos
o a que nos combatimos.

Pero el rencor no sirve.
Anuda con pasiones.

Es diestra en falsos nudos
que pronto se desatan.

Es como un ácido mortal:
Disuelve
en su brebaje poderoso el mundo, lo tiñe
de un hermoso color, de una eficiente púrpura
que engaña a la evidencia.

Pero no sirve.
Siempre la sombra le sucede y queda la torpeza
arrinconada como un residuo hediondo.

Sirve el amor
Proyecta y edifica, fragua en silencio
sus cimientos y, al fin,

eleva,

dice,

canta.

FIESTA DE VIVIR

FIESTA es vivir en compañía.

Para cantar

las aves se congregan en el árbol;
para que huela el aire
juntas crecen las rosas.

— — — — — No es suficiente
una espiga para amasar el pan.

El júbilo, como el tapiz, se teje
con numerosos hilos.

El llanto es más posible
cuando los ojos se hartan de estar solos.

Fiesta es vivir en compañía.

La tristeza

siempre está sola.

Es como un lago: Agua
que nunca desemboca.

Fiesta es el río
porque nutre, acompaña, ama la tierra
y viste las orillas.

Vivir es entregarse
a alguien, andar juntos, conversar,
ir aumentando el mundo con palabras
dichas a medias.

Fiesta es vivir en compañía,
cantar en coro, en orfeón de almas.

Vivimos juntos y morimos solos.

Fiesta es amar a Dios, en compañía.

SI ALGUNA VEZ

SI alguna vez, por intuición o por sorpresa descubres una luz que estaba oculta, díselo a los demás, comparte tu contento, multiplica tu hallazgo repartiéndolo.

No hay dicha más amarga que ésta de poseer en soledad.

Incesto es poseerse.

Aquél es más acaudalado, que más se da; y aquél más pobre que guarda cuanto tiene y no se sacia.

Surcos tiene la tierra para multiplicar y devolver en frutos el agua que recibe.

¿Cómo guardar en caja fuerte
los versos que aprendimos, sin que los labios
sepan su música, sin que nadie reciba
este rumor de la hermosura?

¿Cómo ser
si no somos en alguien?

Nada fuera
el sonido sin esta compañía necesaria
de otras voces.

Nada el álamo si no tuviera
en torno la alameda.

Nada es un hombre solo
aunque millones de hombres le contemplan.

Y solo está quien calla, quien persigue
la luz como excavándose hacia dentro.

Por eso os digo que si alguna vez
por pura intuición o por sorpresa, descubris
un tesoro —una canción, un surtidor de gozo,
una palabra nueva— pregonadlo,
haced que participen los más próximos
de esta riqueza.

Porque tendréis más que antes,
más que si poseyerais algún reino.

Que el hombre que más tiene, es el que da
su mano abierta, su brazo, su esperanza,
su fe, su soledad si más no tiene.

COMO LA MIEL

COMO la miel, que nace
de una creciente multitud de abejas,
así nuestra palabra con dulcedumbre suene
en los oídos, como la miel sonora
que resuma el rumor de la colmena.

El ruiseñor canta en la noche
para hacerse escuchar, pero su canto
languidece por falta de auditorio.

No hay música más triste
que la que nadie quiere oír.

Al borde estamos
otra vez del silencio.

¿Quién puede hacerse oír si los oídos
están tapiados de otras melodías?

¿Quién,
que ame su paisaje, no quiere hacerle
inmenso oído para su voz?

Los pájaros,
de día, se reúnen en las ramas del álamo
y en su asamblea musical ensayan
pluralmente sus trinos.

Así tiene que ser
la palabra, dicha en enjambre, hablada
como lluvia.

Canta la soledad del hombre si en su cántaro
resuena una vivida muchedumbre, si estar solo
es el mar, no la fuente de innumerables ríos.

Así tiene que ser la siembra.

Un grano
no justifica el trigo, una amapola
no enrojece los campos.

Así tiene que ser
la voz, tan generosa y tan plural que todos
crean que es suya.

Así tiene que ser
la palabra, como la miel, que en los telares
dulces de la colmena nace.

De «LA CLARIDAD COMPARTIDA»

LA NEVADA

...pero ¡hombre! llego yo, van y me dicen que va a [nevar, señor, si es imposible, si estamos en San Juan, si ya está junio prendiendo sus hogueras, ya son ganas de aguar el corazón, qué cosas dicen, nevar a estas alturas, no sería decente, es un decir, con la de cosas que tengo yo que hacer, sin ir más lejos cobrar la extraordinaria, ir el domingo a la playa más próxima, a ver si entiendo el mar, tengo muchísimas cosas que hacer, probarme un traje el sábado, mandar esa factura, estar con Silvia, a ver si hay plan, contar un chiste a Pepe, ir por la tarde a misa, por supuesto, no suceda que el alma se me olvide entre tantos papeles, ir sin falta al entierro de Carlos, ¡pobre chico!, un accidente estúpido ¡qué vida!...

...pero ¡hombre! llego yo, van y me dicen que va a nevar pues ¡vaya una ocurrencia !, precisamente ahora con las cosas que tengo yo que hacer este verano, vaya broma, no es posible, que no, que no es posible, con el buen tiempo

que hace, ya estás viendo cómo están, por ejemplo, las
[piscinas

y luego yo, van y me dicen... ¡vamos, tiene gracia
el asunto ¡qué caramba!... que va a nevar, señor, ¡qué
[disparate!

con lo que tengo yo que hacer, sin ir más lejos
terminar un libro de poemas que va muy adelantado,
hacer balance, declarar a Hacienda mis beneficios,
liquidar salarios, pues, si no, de qué comen estos chicos;
que va a nevar, ahora, cuando tengo números rojos
en el Banco y suben, y más que subirán, las Telefónicas,
a quién demonios se le ocurre, Pedro, tal disparate,
tú, que sabes de esto, dime quién se ha sacado de la manga
que va a nevar, amigo, no es posible, ten en cuenta
que soy familia numerosa...

...tú ¡qué dices, Ramón! ¿también te callas?, no es posible
que nieve y tú lo sabes, que estamos en San Juan, que los
[muchachos

preparan sus hogueras, que está ardiendo junio, que no es
[posible
que se ponga a nevar, que aún es muy pronto, que sería

[terrible
que nevara, que todo está subiendo, Ramoncito, y necesito
que haga bueno, tú, ponte en mi lugar, ¡qué horror!, nevar
en junio, no poder ir a Italia, por ejemplo, con lo bonita
que es, yo que quería ir del brazo contigo, vida mía,
conocer hermosuras que me faltan, aparte de tus íntimos
encantos (turismo personal intransferible, por supuesto,
caramba, faltaría que lo pusiera en duda), con las cosas
que tengo yo que hacer, leer despacio este poema, a ver cómo
ha salido, pero ¡hombre! luego yo, van y me dicen que va
[a nevar,

no saben lo que dicen, con la cosecha que esperamos, mira, este trigal, sin ir más lejos, ponte tu vestido mejor, Ana

[María,

y no hagas caso, hace buen tiempo, es junio y los pardales se sonríen, quién dice a estas alturas, vida mía,

que va a nevar, pues ¡vaya broma!, ahora que suben las

[acciones

y tenemos que viajar, ir a Nápoles, encanto, ver Mallorca, París, pues ¡anda! que no hay cosas que me faltan por ver, sería una faena que empezara a nevar ahora que todo nos está sonriendo aunque me duela de vez en cuando mi

[parasimpático...

...pero ¡hombre! llego yo, van y me dicen que va a nevar, señor, con la de cosas que tengo yo que hacer, sin ir más lejos contestar veinte cartas, ser jurado de un premio literario, hacer las cuentas del último trimestre, ver si acaba

la tensión en Oriente o si nos dejan en paz los comunistas, qué caramba, y sobre todo, ver si aprueba Pepito la reválida o si le sale novio a la pequeña, que ya está bien, encanto, de problemas para que ahora vengan y me digan que va a

[nevar,

no saben lo que dicen, ya ves el tiempo que hace, junio

[ardiendo

y yo tengo que hacer miles de cosas, poner en orden mis

[recuerdos,

darle cuerda a mi corazón que se retrasa...

...pero ¡hombre! llego yo, van y me dicen

que va a nevar...

POSTRIMERÍAS

NO va a haber nadie que se mueva, vete acostumbrando el corazón al hielo, a la quietud espectadora, porque cuando eso ocurra, digo y lo repito, no va a haber nadie que se mueva, mira, que hay que ensayar el gesto y la palabra, antes de que noviembre nos sorprenda íntimamente sordos, nadie piense que va a mover un pie, decir un verso, despedirse de un hijo, no habrá tiempo, muévase ahora, póngase el que quiera en la postura más definitiva, porque cuando eso ocurra no habrá músculos, ni aire que respirar, ni una palabra que podamos decir, ni un arroyuelo donde lavar las manos, no habrá tierra donde poder arrodillarse, todo se volverá quietud, silencio, espera, audición dolorosa, ausencia viva de lo que no sabemos, cuando ocurra eso que va a ocurrir, no va a haber nadie que se pueda mover, en ese sitio, en ese tiempo, en esa pura décima de un segundo fugaz nos quedaremos irremisiblemente sordomudos, aproximadamente condenados a no movernos ya de lo que fuimos, vete ya acostumbrándote al reposo más ensordecedor, que nadie piense que va a poder mover

ni un solo dedo, ni añadir un acento a una palabra cuando eso ocurra, que no espere nadie decir entonces lo que calla ahora, dígallo todo ahora, hágalo todo ahora, que aún es tiempo, ámelo todo pronto que nadie sabe cuándo puede ocurrir lo que ocurra, que aún se

[mueven

los relojes, los labios, las sonrisas, que los ojos contemplan todavía la luz, que todavía los caminos se pueden recorrer, que aún nos movemos sin que nadie nos diga dónde vamos, que hay que andar y llegar adonde nunca, antes de que se apaguen las estrellas, porque cuando eso ocurra no habrá nadie que pueda ya moverse de su sitio, ni corregir un gesto, ni volverse a buscar las monedas que le faltan, ni enderezar el árbol que ha plantado, ni borrar las palabras que haya dicho, porque todo será como un enorme congelamiento repentino o como una película de amor cortada en su momento culminante o como un sueño arrebatado por un rayo, canta, pájaro, canta y no maldigas, no acuses, no destruyas, abre cauces para que corra el agua, no detengas el río del amor con tus gorjeos, que cuando ocurra lo que ocurra huelan tus trinos a magnolios y no a pólvora, que aún es tiempo de cantar, que hay sitio para mover el alma hacia los pájaros, mueve tus alas para que te aprendan, ahora que existe el aire, ahora que puedes respirar y ayudar a respirarle, antes de que noviembre te sorprenda, íntimamente inútil porque, entonces, cuando ocurra, poeta, lo que nos tiene que ocurrir ya nada, ya no habrá nada que se mueva, nada, ya no habrá nadie que se mueva, nadie...

LA OBSESIÓN

QUÉ hace ahí de rodillas, qué ridículo, muchacho, tú, en qué piensas, padrenuestro, papá dice que sí, que si no hay Padre qué va a ser de nosotros, no me digas que no es para reírse, con quién habla, que yo no veo nada, que no hay nadie, por más que esté rezando, yo me vuelvo a bailar con Alicia, tú ya sabes cómo está, cómo besa y a qué sabe, por lo demás a mí poco me importa que se acabe el domingo, para el lunes no estaremos aquí, ya está arreglado, pero decidme qué hace ahí rezando ese muchacho, con quién habla, es tonto que dialogue con alguien que no existe, gracias a Dios, pues vaya una esperanza, quién ha dicho que hay lunes, son inventos de quién sabe pues vaya V. a saberlo para que no resulten aburridos ni tristes los domingos, qué simpleza, con lo bien, tú lo sabes, que lo paso tocando la guitarra, siendo el amo de mí, pues qué más da,

nos divertimos, y después con qué poco se conforma un canario, a que sí, vamos al cine o a una «boite» si es el caso, sonreímos, pedimos coca-cola y eso es todo, total, por un domingo, ya veremos qué pasa si es que hay [lunes, ya veremos, todo será buscar una manera de escondernos, sigamos, es de día y ésta es su luz, no hay otra más visible, qué lata, bien pensado no hay más que ésta, pero es mejor, molesta, es preferible la oscuridad, Alicia, amor, ¿bailamos?, para qué hablar ni ver con este ruido..., ritmo, música, amigos, aunque duela duele más el silencio, (aquel muchacho me está poniendo enfermo, no hay manera de que concilie el sueño, vaya lata), a ver, un cuba-libre, viva España, qué pasa, figuraciones mías, baila, Alicia, amor mío, qué plan tienes para el lunes, ¿el lunes?, no me esperes, cómo dices, que sí, que no recibo, ni tú, ni yo, ni nadie, pues esto se termina sin que nos demos cuenta, bien, otro cuba-libre, cómo suben las cosas, amor mío, cómo clavan, será porque es domingo, bien [mirado... (perdón, ese muchacho me está poniendo enfermo, con [quién habla, padre nuestro, pan nuestro, no es decente que me esté [persiguiendo todo el día), ¿cómo dices?, figuraciones mías, nena, sigue, aún es domingo, el lunes es mentira, te lo juro, canta, Alicia, tus labios, ay, tus labios me están pidiendo a gritos que te bese, amor mío, y esta noche, ¿qué dices?, esta noche va a resultar muy larga, camarero, venga otro cuba-libre, qué sudores, Asturias, qué calor, patria querida, me estoy poniendo malo, me dan náuseas, no hay manera de respirar, ya ves, qué divertido, a todo ritmo,

no hagas caso del sol, baila, amor mío...
(y ese muchacho sigue ahí, de rodillas, es ridículo...)
tu qué crees ¿hay Dios?, mamá me dijo que sí
cuando era niño, tonterías, inventos de los curas
(Padre nuestro que estás en los cielos...), cielo mío,
tú sólo eres mi cielo, son las doce menos diez,
cómo corren los minutos, me dicen que han pasado
lo menos veinte siglos, diez, nueve, ocho... minutos
y se acabó el domingo, baila, aprovecha, Alicia,
no hay lunes, por lo visto, qué sudores, no hay forma
de seguir respirando, ¿será verdad?, no entiendo,
me están entrando ganas de pensar seriamente (qué ridículo
rezar, ese muchacho me está poniendo enfermo,
[no sé donde
lo he visto, pero sé que era lunes, ya no sé de qué siglo...)

ASÍ, COMO JUGANDO

COMO jugando a ser cadáver, mira, mi amor, qué villanía que se nos vaya el tiempo, mis queridos conejitos, qué orejas más peludas, Dios me perdone, ah, que no hay Dios, qué risa, qué fácil todo no viviendo, ¡aúpa el atlétic!, qué sencillo soltar la bilis ¡ y ya está !, qué guapo está el mundo castrado, así, como jugando al ajedrez del tedio, jaque-mate al corazón, Señor (jojo: minúscula!), señor, y si no existe qué más os da, queridos gallináceos, qué risa, tú, retira la caca de la boca, qué más da, no existe nadie, piensa, son todas figuraciones mías, quién lo ha dicho, pues sí que estamos buenos, anda, toma, nene, tu piqueta estrenada, que queda mucho edificado, pon tu bomba, no hagas ruido cuando explote, ¡magnífico, Marcuse!, quiero decir marcuse (tú también con minúscula, qué leche, pues no faltaba más) ¡bravo a la nada!, ¿quién lo ha dicho?, calla, pueden oirnos las campanas, se puede armar un cisco

[memorable,

no interesa, surrealicemos todo, vaya día, estás sudando y de repente una ecuación, qué pena, qué alegría, cualquiera

[sabe

despejar una incógnita de un beso o hallar en un poema
la raíz de equis dios, cualquiera sabe, vaya por Dios,
¡a que no existe, qué te apuestas, pues vaya susto, yo creía,
mientes, hijo, ¡que no!, que sí, pero qué sabes tú, padre
si ya te has muerto hace tres siglos, pues bueno, yo creía,
ved al nene, se ha empeñado en tocar una guitarra
que suena a Dios (minúscula mayúscula), no hay nada, yo
[creía,
tú creías ¡qué indecencia!, soy joven, pues qué bien,
aún no he cumplido la edad de los gorriones, no te entiendo,
ni yo tampoco a ti, pues qué delicia si no existiera el tiempo,
pues no existe, adelante, qué manía, miras tanto al reloj
que no es posible que haya cielo, acaso, yo creía,
tú qué sabes, te borro de la lista, y ¡ ya está ! ¡ ya no existes !
¿ves qué fácil?, de modo que estoy muerto, Dios mío,
(por favor, con minúscula), perdona, por supuesto,
ay, qué risa me da, qué carcajada, nene, más metafísica,
de acuerdo me callaré, no existo, acaso es un invento,
perdona, Ana María, hablaremos de amor que es más bonito,
si es que no está prohibido, oh, no, cielo, amor mío,
no hay posibilidad, hay que decirlo con más carnalidad,
macho, díselo tú, caray qué día, pues sí que estamos buenos,
ya pasó, ya llueve nuevamente, ya lloro, estás de suerte
tú que sabes llorar, perdona, querido conejito, a ver si aprendo
a empuñar la piqueta, o dime qué guitarra puedo tocar,
no empujes, ¿ha pasado la hora?, qué hora, yo creía,
tú qué sabes, no existes, mil perdones, qué treta me ha jugado
el corazón, qué risa, qué palabra, pues qué bueno,
tomaré marihuana si es que puedo ser joven todavía,
no, tampoco, no es eso, pero entonces, no hay entonces,
pues sí que estamos buenos, hay que acabar, inténtalo, no
[existe

el calendario, pues qué bien, perdona, querido conejito, soy una hormiga, no me digas, mira, me meto en mi agujero, no quisiera estorbar, qué villanía que se nos vaya el tiempo, tiempo, tiempo, ah, no existe, disculpa, ¿dónde puedo meterme?, no hay problema, no existes, ah, no existo, pues ya no me acordaba, tiene gracia, no hay salida, bien, tendré que callar, si por lo menos me pudiera morir, está prohibido, pues sí que estamos buenos, no soy nadie, no hay Dios, no hay agujero, no hay tiempo, no hay manera sólo hay pechos, caderas, guitarras sicológicas, qué tíos, drogas para ser dioses, ay qué risa me da pensar que soy un muerto aburguesado, y todo porque amo, porque pienso que dos y dos son cuatro, fusilemos la lógica, es preciso, nos lo ha dicho Conh Bendit, pues qué vida, amor mío, habrá que prepararse las maletas y escapar de este diálogo prohibido, perdónenme si pueden, queridos hombrecísimos, acaso no me guste no ser, vivir así, tan tontamente vivos, para qué si no hay Dios, tomemos todos el camino de una tumba bonita, aquí no hay [nada que hacer, aquí no hay nadie y es inútil hablar, me da la risa que no pueda llorar, lo digo en serio, así, como jugando.

ESA MUERTE PEQUEÑA

DE vez en cuando muere algún amigo, qué me importa que muera o que no muera, qué importa, qué me importa, lo digo y lo repito, qué me importa, caray, si estoy llorando, me importa, ya lo creo que me importa, muchísimo me

[importa,

me importa porque yo me voy muriendo sin darme cuenta apenas, sin notarlo, ya lo creo que sí, que me lo noto, que me tiemblan sus gestos, sus palabras, su adiós cuando cruzábamos la calle, ya lo creo que sí, que uno se muere siempre que se le muere algún amigo, que lo bueno sería que llorásemos o quizá que soltásemos la risa

llorando a carcajadas nuestra pena, pero no somos niños y uno tiene que andar disimulando las lágrimas, los gestos, la vergüenza, para que luego digan que es un hombre y mientras nos morimos poco a poco, cantando, que es lo

[bueno,

porque te oyen los hijos y preguntan qué te pasa y se mueren de risa si les dices que es que ha muerto un

[amigo

pues no entienden por qué te mueres tú, qué tontería, qué saben de estas cosas, ellos piensan que es lo más natural

que hay en la vida morir sin saber que nadie muere completamente solo, que al morirnos ya lo hemos ensayado muchas veces pensando en un amigo que se ha muerto, te importa, ya lo creo, porque piensas que poco a poco un hombre cuando pierde un libro, una ilusión, una sonrisa, un amigo, se va quedando solo si no puede llorarle, hablar ya nunca con él de aquel amor, de aquella tarde, de aquella discusión que nos unía o de aquel vino tinto que tomábamos en un bar que no existe, o por la calle que no es ni parecida, ya lo creo que sí, que nos importa saber que lo que somos lo hemos sido en otros que se han [muerto, que te mueres, cuando menos lo piensas, en alguno, y que [sigues viviendo, pero menos de lo que te figuras y es lo bueno, que apenas te das cuenta de que crece la muerte como un [árbol porque siguen cantando los pardales, qué ternura, Señor, [cómo nos das esta anestesia dosificada en hijos, en aromas de nuevas esperanzas, cómo endulzas la muerte con la risa de un pequeño o con el aprobado en geografía o simplemente con saber que el lunes esperas una carta interesante, cómo [puedo decir que no me importa, ya lo creo que sí, me importa [mucho que se muera un amigo, muchísimo me importa, porque algo mío, acaso una sonrisa, un pedazo de mí se está muriendo cada vez que se muere algún amigo...

AGUA ESTANCADA

PUES sí que estamos buenos, pues qué vida, qué muerte, qué esperanza, che, qué vino más amargo, Señor, qué primavera más inútil si en Ti no florecemos; qué hacemos, dime Tú, con esta vida si no sabemos darla, si cegamos este pozo de amor, madre, qué hubiera sido de mí si llegas a beberte tu manantial, decidme qué sería de mí si me negara a dar un verso a un poeta, una lágrima a un amigo, un pedazo de amor a un pordiosero, pues qué vida cantando para nadie, qué muerte, qué esperanza, che, qué río sin mar donde vivir, qué estercolero, qué charca maloliente donde nadie se podría bañar, a qué esperamos para empezar a darnos, oh, riqueza de quedarse sin nada, pues qué muerte, qué delta si no hay mar, si uno se empeña en detener el agua y se nos hiela

o se nos pudre en el pantano, cuántas hectáreas sin regar
cuántos frutales esperando el amor del agua, cuántos
jilgueros sin cantar, honda sequía que arrasa el mundo,
diner al cadáver que se entierra al morir, a qué esperamos
para empezar a darnos, pues qué vida,
qué muerte, qué esperanza, ché, qué llanto
sin desembocadura, cuántas flores marchitadas, sin fruto
porque un día encerramos un beso en un armario,
un recuerdo en un cofre, cuánta sangre congelada
en las venas, cuántas vidas quietas como lagunas,
moscas, tábanos, ranas croando soledades, juncos
inútiles, qué olor, agua estancada muerta de no regar,
a qué esperamos para empezar a darnos, pues qué vida,
qué muerte y para qué, si nos guardamos el corazón,
qué olor a naftalina, en la buhardilla del olvido, qué oro,
qué cheque para un banco que no existe, pues qué vida,
pues sí que estamos buenos, si al morir no dejáramos
en alguien la herencia de un abrazo, o por lo menos
la huella de un instante doloroso o el aroma
lejano de haber sido...

PARASITOLOGÍA

ME gusta el campo, el sol, el aire libre, joven,
igual que a ti, la cosa es clara; y es preferible
un campo sin hormigas, qué bien, mejor que no haya moscas,
tumbarme a respirar sin poluciones, qué caramba, qué bien
tal como estaba la Creación recién nacida, exenta
de fábricas, de cifras, de ecuaciones, sin Vietnam
y otras sangres más ocultas, sin diosecitos, sin long plays,
sin pasos de cebra ni semáforos, pues vaya paraíso, mi amor,
menuda fiesta, a ti te digo, el de las flores, joven,
facilísimo joven pero muerto, daría gusto estar así
tumbado, esperando a que vengan y te vivan, me escuchas,
no me escuchas, es lo mismo, la eternidad, por eso,
no es más larga, qué se va a hacer si no me escuchas, joven,
me escucho yo y alguna cosa suelta aprenderé de mí,
me gusta el campo, el sol, el aire libre, si hace bueno
y todas esas cosas, ya me entiendes, que no hemos hecho
tú ni yo, no pienses, no te molestes en pensar, ya es hora
de volver a tus piojos y a tus flores, cómo saber
si no amas quién ha sido el que inventó las rosas

por ejemplo, si un albañil después del vino tinto o un arquitecto que se hartó de «whyski» en un «pub» antiquísimo, decía, decíamos que sí, que lo bonito es tumbarse a la sombra de un abeto cuando junio calienta y mientras tanto, buenos días, señor, que el panadero amase el pan, que suden en las minas los jóvenes sin flores que revienten los hombres de los monos y las panas, todo para que yo pueda ponerme un atuendo de rosas, qué bonito, y protestar al son de una guitarra de que haya rascacielos, bombas, guerras, yo no sé nada, qué gracioso, joven facilísimo, a mí que me registren con tal de que me dejen esta droga, que tengo que olvidar que soy un hombre civilizado, dioses, cuántos dioses, qué risa al aire libre, no me gustan las sociedades de consumo, abdicó de ser útil, qué bien, ya está, me gusta el campo, el sol, el aire libre, el sexo, la libertad, conmigo que no cuenten para poner ese ladrillo, ¡cómo! menudo paraíso, no hay pecado, borremos la conciencia y el trabajo y los hermosos edificios, todo, que quede como estaba, no merece la pena respirar, haber venido, qué bien se está sin Dios, pero hasta cuándo nos va a gustar el campo, el sol, el aire, hasta que sea de noche y mientras tanto qué bonito, tumbarse al sol, papá lo paga todo, que trabajen los negros, no interesa televisor ni coche, por lo visto, a mi perro tampoco a mí me basta ladrar al aire libre y que me dejen en paz, muchacho, vaya paraíso, sin relojes, sirenas, automóviles, con un poco de música si acaso para que me distingan de ese galgo tumbado al sol desde hace siglos, cómo, tú que dices, qué bien la selva virgen siglo XX, joven, a ti te digo, el de las flores, menudo edén, sin descendencia

claro, por supuesto sin hijos, que no quiero complicaciones, por favor, pues vaya regalo que me hacéis, quiero ser libre, amor, amor, amor, pero que tenga el tamaño del sexo, más no quiero, y dale con la fe, menudo estorbo, pensar en otros, macho, qué tormento tener que ser un hombre, libros, folios, poleas, qué sudores según dicen, papá me manda dólares los justos para que no me muera de inanición, me basta, sólo aspiro a respirar un poco de aire puro, libertad, libertad, como los monos, oh, no, ¡qué va! también algunas veces pienso que estoy pensando y qué mal huelen los deshollinadores, los labriegos, los monos en las minas, los sobacos de los oficinistas, quién me manda jugar a las quinielas, me conformo con moldear los senos de Encarnita a la sombra de un álamo, me basta vivir así, conmigo que no cuenten para poner ese ladrillo, abajo los rascacielos, la ciudad, no quiero ni una piqueta ni una bomba, hay gente para todo, mi amor, y así es más
[fácil,
menudo paraíso, porque a mí, tú lo sabes, amor mío, me
[gusta
el campo, el sol, el aire libre, con unos cuantos dólares me arreglo, y papá —¡cuánto tarda, vida mía, en llegar el dinero esta semana!— es puntual y no suele retrasarse...

PREPARATIVOS

EL jueves por la tarde, sí, prepara las maletas,
mi bien, ya lo sabía, que el jueves por la tarde
nos iremos, a descansar de todo este bullicio,
que adónde no lo sé, no es cosa mía, la agencia nos dirá
de algún paisaje, de alguna catedral desconocida,
que ya está bien, mi amor, de tanta prosa, que ya está bien,
mi amor, de tanta prisa, que tengo la cabeza como un barco
cargado de problemas, que si el niño, que si le han suspendido
en matemáticas, que si la niña tiene novio en Lugo,
que si los cobradores y las nóminas, que si ha subido el pan,
con lo que cuesta, que si un single reciente de los Beatles,
que si la primavera, que si el cine, que si los rombos
de la tele, encanto, prepara las maletas que nos vamos
el jueves por la tarde, que me duele el corazón, de veras,
que me duele, que son muchos problemas, te repito
y que uno ya no está para estos trotes, que la semana tiene
siete días, cariño, y ya está bien, que estás llorando
demasiado y te escuecen las mejillas, y yo no quiero, ea,

que estés triste, mi amor, que se nos pasan los domingos
mirando cómo llueve en la ventana, que ya está bien de
[invierno,
de facturas, de números, de noches, de ecuaciones,
que vamos a acabar por acabarnos, que ya no puedo más,
que ya estoy harto, que el jueves por la tarde nos iremos,
prepara las maletas, qué maletas, me preguntas, amor,
las que tenemos, que el viaje va a ser largo..., no me digas
adónde, no lo sé, la agencia sabe dónde hay otras ciudades
más bonitas donde no cuezan llantos, si hay alguna, que no
[lo sé,
mi vida, sé que el jueves, el jueves por la tarde y sin remedio,
que quizá no volvamos, es posible, hay que correr el riesgo,
por si acaso ponte el traje de fiesta, como entonces,
como cuando eras niña y te dormías soñando en una rosa,
como cuando yo vestía mi traje marinero y era siempre
[domingo
por la tarde, ya lo sabes, amor, olvida todo, las llaves,
la cocina, los colegios, el novio de la niña, los suspensos,
la casa, los pintores, las visitas, la compra, los zapatos
que te aprietan, ya lo sabes, el jueves por la tarde
nos vamos y ¡ya está!, que todavía estamos vivos
y tenemos tiempo para tomar el tren antes que venga
definitivamente nuestro invierno...

LA SED

CON esta sed, te digo, no hay quien pueda llegar a ningún sitio, si no llueve no sé que va a pasar, están los trigos que da pena mirarlos, mira el cielo rabiosamente azul, cerveza amarga, vino que deja poso de silencios, limonada agridulce o coca-cola que sabe a hipocresía, no hay más que eso, agua inventada o maltratada, cuántos siglos desde Sicar sin que podamos apagar esta sed, dónde los pozos, dónde los manantiales y las fuentes, todo se fue secando, amor, te digo que el agua dulce no nos satisface, que queremos el agua sin azúcar, sin sal, el agua pura sin disfraces, te digo, amor, que quemamos si me tocan, que este calor eterno que me abrasa no puede refrescarse con un vaso de agua refrigerada, amor, te digo, que volveré a abrasarme nuevamente, que bebo y bebo y bebo y no me sacio, que cada vez la sed es más terrible porque el azúcar da más sed,

el agua salada da más sed, el agua amarga da más sed,
te lo juro, amor, no bebas, espera a ver si llueve,
amor, espera a ver si un manantial en algún sitio
vuelve a brotar, si queda alguna fuente que no hayamos
cegado todavía, mira el campo callado, sordomudo
esperando un milagro, mira el viento cómo sofoca
el fuego de las rosas que ya no pueden más,
mira mi carne cuarteada, reseca, dunas, olas
de arena, amor, te digo, si no llueve no sé
qué va a pasar, no sé qué frutos podemos esperar
amor, te digo, que estoy deshidratándome, que quemo
como un secreto antiguo, que no puedo seguir así
que el alma se me seca, que bebo y bebo y bebo
y no me sacio, que cada vez la sed es más terrible,
que ya es para alarmar esta sequía que dura siglos,
siglos, que es tremendo esperar y esperar un vaso
de agua que nos quite la sed, a ver si llueve,
a ver si empiezan a correr los ríos y crece el trigo
y nace el pan, qué pena, tener el mar tan cerca
y que no pueda saciarnos esta sed, a ver si llueve
o a ver si nieva de una vez y apaga, copo a copo,
este fuego, esta sequía del corazón,
amor, amor, te digo, que bebo y bebo y bebo y no me sacio..

EL RUIDO

ME gusta estar oyendo este silencio de la nieve al caer, cuando estoy solo y el corazón, callando, me saluda igual que un viejo conocido que hace siglos que no me ve, que no hay quien hable consigo mismo, es la verdad, con este televisor al lado, con la casa llena de transistores, de seriales, con la calle poblada de motores, de gritos, discusiones, tomavistas, quinielas, trolebuses, compraventas, bancos, qué tal estás, pues no sabía, cenas, juntas, sermones, puertas, trampas, no sé qué va a pasar cuando se muera, películas de sexos y pistolas, grises, escaramuzas, no hay derecho, los hijos de papá se han puesto chulos, quién arregla el país, abajo el clero, catorce resultados, cómo suben los precios este otoño, no hay quien viva, no hay quien sepa por dónde va el asunto, planes de desarrollo, planes, planes de amor, de otro negocio más lucido, de otra mujer que cansa ya la misma, la vida, ya lo ves, pues vaya un tiempo que nos toca vivir,

no hay quien se aclare con tanto ruido, es la verdad,
qué tímpanos se necesitan, mon amour, qué aguante
para este mundo acústico, sirenas, frenazos,
altavoces sicodélicos, ni siquiera la lluvia
que golpea rabiosamente las ventanas, digo,
no hay quien pueda pensar que Dios existe, que nos está
llamando, quién le escucha, quién le puede escuchar
con este ruido, con esta batería amplificadora
que asesina el silencio, este silencio que, a fin de cuentas,
somos, qué delicia contemplar esta fiesta inenarrable
callada como un sueño, apaga el mundo, pon un poco
más bajo su sonido, a ver si sé quién soy, a ver si puedo
contar las esperanzas que me quedan, poner un poco de

[orden

en el sótano donde las telarañas del olvido
han tapiado mi ayer, mira qué tristes se me han puesto
los ojos de mirarme, no es posible que haya llegado
a ser lo que no quiero, que ya me corre prisa, que los años
pasan y no sé cómo me he perdido, que ya viene el invierno
y es urgente que me pueda escuchar, que aún son muchas
las cosas que me quedan por decirme, pero con este ruido
no hay quien pueda buscarse fácilmente, hallar el modo
de poder dialogar con uno mismo, por favor
apagad el tocadiscos, que va a nevar y no quiero
perderme este silencio blanco de la nieve,
esta callada navidad que anuncia con villancicos
sin sonido un año feliz que no figura en las tarjetas...

SENSIBLERÍAS

LA herida está en que siento que no siento, qué asco de corazón, me está latiendo y ¡nada!, que no calla este jilguero, qué testarudo, bueno está, dejadle que no está el mundo para amar, qué pena, quién tiene una cerilla, me dan ganas, no es para tanto, por favor, no vale la pena de sentir, es preferible aprender a cantar en una máquina, lo digo así de bien, pero ¡quién sabe! lo que puede ocurrir si se le niega su derecho a llorar, mejor sería que olvidáramos esto con permiso de los jóvenes «in», vaya manera de existir, qué a lo tonto, qué naranja más agria, pero no, también me sirve para jugar a ser, linda pelota desinflada hace tiempo, no, no vengas mañana, ven el jueves, rifan globos y nos puede tocar un poco de aire, una ración de oxígeno, qué miedo si explotara este amor, es ya lo único

que nos queda, este beso, vida mía, qué asco de corazón,
tan sólo sirve para ponerle un número al vacío, un nombre
a una muñeca, qué cansancio sentir, sentir, sentir,
qué sordomuda manera de no ser, a ver qué pasa
si Dios no se da cuenta (con mayúscula, lo he puesto
con mayúscula, pero una errata más qué nos importa)
bien, decíamos, ah, sí, sentir, sentir, ya lo recuerdo,
decía que sentir es peligroso, que una palabra bella
huele a pólvora según los entendidos, los que tienen
el alma de papel y un calendario asesinado en una esquina,
oh, tiempo condenado a morir, flor inequívoca
que se ha cansado de esperar, qué susto, que no me he

[muerto aún,

podéis tomarme el pulso, os aseguro que ya es tarde
para enterrarme vivo, me defiendo como una fiera, qué

[alegría,

toma, tira a la papelera mi silencio, que quiero hablar,
hablar, estar hablando, hasta que se me olvide alguna coma
y tenga que inventarme nuevamente...

ESPERANDO LA NIEVE

DESPUÉS de que la nieve haya caído, y hiele por la noche y haga frío durante muchos siglos, vida mía, qué quieres que te diga, un beso tuyo en donde ahora cabe el mar, apuesto que no valdrá la pena recordarlo, qué quieres que te diga, no habrá nada, ni siquiera el abrazo de una madre digno de ser historia, hay tantas flores y tantos cardos en la tierra, nena, nevados ya, copiosamente muertos por la blancura del olvido que antes de la nieve final nos damos cuenta de que nieva p̄ dentro, pon la mano, si no lo entiendes, en mi piel, qué frío ¿verdad? y sin embargo no ha empezado a nevar, vida mía, cuántas cosas tenemos que aprender para olvidarlas, con el buen tiempo que hace y no sabemos disfrutar de este sol, de este paisaje, de estas palabras, sí, de estas palabras que si no las sembramos serán copos

cuando empiece a nevar, ya ves qué chascos se lleva
el corazón desde que es niño, amor, amor, amor,
para qué tanto jugar a tú y a yo, bolas de nieve
de esta eterna ventisca que ya empieza a cegarnos
los ojos, pues qué hacemos que no amamos el sol
hasta el ocaso y nos dejamos de caricias, nena,
que ya está bien, te quiero, nos queremos y para qué
si no desembocamos en ningún mar, ya ves, pasan los días
y cada vez más quietos, esperando que comience a nevar
porque sabemos que lo mejor será que nieve un día
definitivamente, porque entonces, después de que la nieve
haya caído y hiele por la noche y haga frío después
de muchos siglos, vida mía, ya no podrán las rosas
deshojarse, ni helarse los centenos, ni morirse
los pájaros que un día posaron su gorjeo en nuestras
ramas, porque el sol triunfará sobre la nieve
y hará buen tiempo para siempre, mira, todo será
posible si queremos, si sabemos sembrar estas palabras
en el surco mortal de cada día, en el dolor de haber
desembocado en alguien, por ejemplo, en estos hijos,
en esta nieve oculta que nos hiela el corazón
por dentro y que ya anuncia, no sé si lo comprendes,
vida mía, la nevada final que nos espera...

De «LA NIEVE»

ACTO DE FE

"No ser nada y no amar
nada es lo mismo."

L. F. FEVERBACH

CREO en el amor. No hay nada
en sus afueras. Nacimos
y moriremos amando.
Es el espacio, es el sitio
donde somos. Es el agua
con que se llena el vacío.

Sólo en el amor me siento,
me reconozco, me digo,
escucho mi ser y sé
que mi corazón es mío.

Porque el amor es lo único
que puede hacernos distintos
de un árbol o de una piedra.
Somos Amor y no hay sitio
ni tiempo para ser hombre
fuera del Amor...

El lirio

es lirio, no porque exista
sino porque lo han querido.

Todo lo demás es niebla,
pura ceguera, espejismo
del odio, ausencia del sol,
patria eterna del olvido.

Somos átomos de Amor
que no encontrarán su sitio
sino en la inmensa molécula
de un después definitivo.

Todos tenemos memoria
de que somos porque fuimos
Amor, porque estamos hechos
de un ayer amorosísimo
y no podremos ser nunca
habitantes del olvido.

No hay más amor que el Amor
puro de donde venimos,
que el Amor a donde vamos
nuevamente a reunirnos.

Por eso quiero cantar
al Amor, hacerme libro,
memoria de lo que soy,
poema de lo que he sido,
umbral de lo que seré;
quiero cantar como un niño

todo lo que estoy amando,
mi esencia, la que recibo
cada minuto que pasa,
esta burbuja de oxígeno,
este relámpago eterno,
este beso amorosísimo
que me hace resucitar
en cada muerte que vivo.

No hay más Amor que este Amor
que sabe hacerme distinto
de los demás, beso único,
irrepetible y tan mío
que en toda la eternidad
nunca será repetido.

Quiero cantar a este Amor,
crecer en El como un niño
y esperar alegremente
volver a ser lo que he sido.

Porque sin amar, vivir
es ir hacia ningún sitio,
es no saber dónde vamos
ni de dónde hemos venido.

PREHISTORIA ÍNTIMA

"Cuando se ama, la naturaleza
deja de ser un enigma."

A. DE LA TOUR CHAMBLY

ANTES de mí, de ser quien soy yo amaba.
Hubo un amor que me pensó, sintiéndome
antes de ser.

No vengo de la nada.
Hubo un beso anterior, una gozosa
cadena de deseos heredados
de una primera granazón.

La espiga
no puede comprenderse si en un tiempo
alguien no hubiese puesto el primer grano
de trigo sobre el surco.

Nadie puede
nacerse por sus manos...

¿Quién que amase
su existencia, inventándose? ¿Qué beso
sin amor?

Amor somos desde el día
en que fuimos pensados.

¿Cómo puede
el rayo desmentirse de haber sido
hijo del sol?

De Amor estamos hechos
y para amar.

Materia de amor somos.

Tengo memoria de haber sido siempre.
No se puede inventar, de pronto, un alma
como se inventa un verso.

Descendemos
de un deseo de amar, de una caricia.

Mi corazón tiene una larga historia
que es anterior a su latido.

El seno
de una madre es un mar en donde acaba
y empieza una esperanza.

Somos, cuando nacemos, anteriores
al agua misma, al manantial que brota,
que balbucea su rumor.

Ya éramos
antes de ser, la sílaba que espera
ser escrita por Dios...

Por eso somos
para ser siempre...

¿Cómo, entonces, puede
nacer la eternidad, cómo es posible
inaugurar lo que no muere?

¡Amor: sería
imposible tu gozo si pusieras
un plazo a nuestra vida!

¡Amor, por eso
tengo tu misma edad, iré contigo
hasta donde tú vayas, hasta un tiempo
donde el tiempo no exista!

No comprendo
la eternidad, no cabe en este vaso
de arcilla tanta mar, pero amo y siento
y es ya bastante para estar seguro
de que dejar de ser es imposible.

Sí, Amor, yo te conozco
desde que no te conocía.

Prehistoria
de mi esencia eres Tú.

Ya sé. Me duele
no entender el misterio de haber sido,
sin consultarme, pero ¿cómo puede
consultarse a la nada, dar un voto
de voluntad a quien no existe, cómo
preguntarle al vacío su deseo?

Estoy aquí, amorosamente vivo
hacia el Amor total, nada hambreade
invitada al convite de ser Todo.

¿Cómo
renunciar a ser alguien, renegando
del júbilo de ser y de sentirse
amado, de vivir, aunque me duela
la pequeñez de no entender la causa
de tanto Amor?

A veces me pregunto
quién soy y no lo sé, pero lo cierto
es que soy, que mi música me suena,
que sólo canta lo que es, que sólo
pregunta el que se escucha, el que posee
la evidencia de ser.

¡Amor, qué clara
la niñez de mi amor, ya desde el fruto
del vientre creador!

Vale la pena
haber nacido para amar, que nunca
podrá dejar de amar el que ha sentido
la eternidad que cabe en un segundo,
la cantidad de Amor que hay en un beso.

OTOÑO DEL AMOR

"Amar es sentir los sacrificios que la eternidad impone a la vida."

JHON OLIVER HOBBS

COMO en otoño se desnuda el árbol y queda solo, pero en pie, temblando con los primeros fríos, tú y yo, solos en la alameda de un amor más hondo que nunca, entrelazamos nuestras ramas.

Oh, amada mía, más que nunca amada, ya nuestras hojas se han caído y vuelve nuestro primer amor, pero más rico porque ha pagado ya todas sus deudas en renunciaciones y adioses.

Mira el mundo más aumentado por nosotros.

Mira con qué alegría calla en nuestras ramas esta coral de pájaros antiguos, esperando un abril definitivo.

Seremos niños nuevamente. Nada
puede ya envejecer nuestra esperanza
de ser eternos, de poder amarnos
con la serenidad de quien se ha dado
y solamente espera vaciarse
del todo y que Dios llene de agua suya
esta reseca cántara de barro
que tantas veces se volcó y que pronto
se romperá contra la muerte.

Entonces
comenzará la fiesta de haber sido
y nuestros ríos verterán gozosos
su júbilo en el mar de la alegría.

Ahora, desocupadas ya las manos
de moldear y de ofrecer, la duda
querrá robarnos este amor ganado
a fuerza de perder:

¿Para qué amamos?
Venceremos la muerte, sí, y entonces,
¿cómo crecer y en quién, si no habrá tiempo,
si el reloj será inútil para darle
más cuerda a la esperanza?

¿No te asusta
a tí también la eternidad?

Decíamos
que lo hermoso se acaba. ¿Cómo, entonces,
imaginar eterna la hermosura
que nos espera?

¡Oh, Dios! ¿No es esta vida
agua escondida hacia tu Mar?

¿Sabremos
desembocar, después de haber amado,
nuestro amor en el Tuyo?

No, no cabe
tu Mar en este vaso tan pequeño
y nuestra sed de dioses nos empuja
a querer contemplar el infinito
con la mirada de este amor que, apenas,
es hijo de una lágrima.

¡Dios mío,
dudo, pero confío en tu palabra
y si una vez ya la entendí, si puse
todo mi empeño en el amor, viviéndola,
sé que cuando vayamos a escucharla
en un después que no comprendo, todo,
la eternidad, el infinito, el siempre
y el nunca del amor, será tan claro
que tu contemplación será bastante
para entender de pronto el paraíso!

Por eso, ahora que estamos ya desnudos
como las ramas en otoño, aumenta
cada día este amor que ya está cerca
de que le nazcan alas para el vuelo
hacia ese Amor que nos está esperando.

De «MEMORIA DEL AMOR»

UMBRAL APASIONADO DEL AMOR

ANTES de ti la tierra me dolía
como una muerte anticipada; era
como si me doliese la alegría
o como si la vida me doliera.

Era como si el sol, inútilmente,
con sus rayos de amor me acariciara
o como si la vida en su corriente
a un mar desconocido me llevara.

Era como si un pájaro en su vuelo
gorjeara una copla de ecuaciones
o como si las nubes en el cielo
fueran en vez de nubes algodones.

Era como si todos los rosales
se abriesen en olor de teoremas,
cómo si endecasílabos metales
forjaran en acero los poemas.

Antes de ti mi corazón latía
en sístoles y en diástoles de olvido
como si en una página vacía
escribiera la nada de haber sido.

Pero llegaste tú, mujer amada,
y me inundaste el alma de tal modo
que yo, que era una historia de la nada,
sentí que, de repente, lo era todo.

Era mi corazón ave sin peso,
pájaro sin canción, tierra sedienta...
Inauguraste el mundo con tu beso
y comencé a cantar sin darme cuenta.

Se hizo el acero flor, la noche aroma,
el número canción, el agua verso,
la sangre río, el corazón paloma
y poema de amor el universo.

Fui de tu mano acariciando todo
lo que entendí contigo y no entendía
y no sé de qué forma, de qué modo
sentí, por vez primera, la alegría.

Brotó mi sangre ardiéndome en tu fuego
y comprendí de pronto por qué existo

como si hubiera estado siempre ciego
y por primera vez hubiera visto.

Oí tu voz y en musical transbordo
se embarcó mi silencio en tu sonido
como si hubiera estado siempre sordo
y por primera vez hubiera oído.

Toqué tu piel de trigos y viñedos
suave como una seda de vilanos
como si por primera vez fueran mis dedos
oraciones rezadas por mis manos.

Quise oler tus cabellos, respirarte
como respira el aire una paloma
y ahora, cuando respiro en cualquier parte
no aspiro más aroma que tu aroma.

Enjambré en tus oídos mis oídos
para escuchar el mundo a tu manera
y son tan tuyos todos los sonidos
que sólo escucho en ti la primavera.

Amor, amor, amor, dime ¿qué has hecho
de mí, qué ha sucedido con mi orgullo
que quiero respirar y no es mi pecho
el que está respirando sino el suyo?

Cómo ha podido ser, amor, que ahora
soy sus ojos, su lengua, su garganta,
que cuando lloro es ella la que llora
y cuando canto es ella la que canta.

Mira, mujer, el mundo a la deriva
cómo en tus manos puras se endereza,
cómo mi barco de esperanza arriba
al puerto natural de tu belleza.

Náceme siempre así, como ese día
en que sólo al mirarme me naciste,
mécame en el pañal de tu alegría
para que sepa el corazón que existe.

Y así, yo en ti, tú en mí, de esta manera,
existiendo tú en mí, yo en ti existiendo,
cuando me muera en ti, cuando me muera,
me muera entre tus brazos sonriendo.

RELÁMPAGO DE DIOS

UNO que ya no sabe si es de día
o si es de pena cuando llega el caso;
uno que está dudando todavía
y que si cree en Dios es por si acaso.

Que cuando llega el caso apenas mira
a los demás, que pasa indiferente,
que si le estorba el corazón lo tira
para que se lo lleve la corriente.

Uno que está viviendo por lo visto
la muerte a plazos y el amor a prueba,
que cuando llega el caso habla de Cristo
según dicen, no sé, porque se lleva.

Uno que ya es mayor, que tiene penas
como para cantar por bulerías,
que ve cómo sus manos están llenas
y cuando llega el caso están vacías.

Uno que, a veces, piensa —caso raro,
sobre todo en un hombre ya maduro—
y cuando estaba a punto de ver claro
empieza a verlo todo más oscuro.

Uno que ama, eso sí, la primavera
que es lo más natural, si bien se mira,
y de repente, es un decir, se entera
de que también abril era mentira.

Uno que, por ejemplo, es algo insulso,
que acostumbra a quedarse pensativo
y que se tiene que tomar el pulso
para ver, por ejemplo, que está vivo.

Uno que, a veces, por ejemplo, llora
porque no ve la luz definitiva
y tiene que poner su amor en hora
para no navegar a la deriva.

Uno que, allende el alma, se pasea
para no darse cuenta de su orgullo,
que cuando le habla el corazón desea
que le hable solamente de lo suyo...

Pues bien, uno que está —¡quién lo diría!—
seco, infecundo, mineral, vacío,
siente, no sabe cómo, que un buen día
le mana Dios por dentro como un río.

Y se halla, por ejemplo, tan ardiente,
tan sediento de Dios, tan anhelante,

que le gorjea un pájaro en la frente
para que deje de llorar y cante.

Y desde entonces Dios es quien escribe,
quien arde en cada verso, quien estrena
cada palabra inédita, quien vive
y florece de gozo en cada pena.

Uno, entonces, sonrío y se arrodilla
dejándose llevar a lo divino
y en el páramo yermo de su arcilla
se le abre el corazón como un camino.

Y uno que, por ejemplo, no sabía
que era de amor, de luz y de pureza,
aprende junto a Dios que la alegría
es hija natural de la tristeza.

Porque uno aprende que el amor consiste
en ver entre las lágrimas la aurora,
que, cuando llega el caso, lo más triste
es llorar sin saber por qué se llora.

Uno, en fin, que era página de llantos,
noche de Dios, arcilla desterrada,
se sabe hijo de Dios, uno de tantos,
que nació, por ejemplo, de la nada.

De «POEMAS DEL AMOR DE CADA DÍA»

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
--------------------	---

GALERÍA ÍNTIMA

Autorretrato	25
--------------------	----

LA MUERTE APRENDIDA

El poeta	27
La muerte anticipada	29
Llegada de la primavera	31
La pregunta	33
Maternidad	35

A ORILLAS DEL CARRIÓN

Los endiosados	38
----------------------	----

LA TRÉBEDE

El pueblo	41
Ramón	44
El maestro	48
El pan	52
El cura	54
María Luisa	57
El entierro	61
La fiesta	64
Luis	67
Regino	69
Camposanto	72
Epílogo para la esperanza	75

CAPITAL DE PROVINCIA

Don Ernesto	78
Gabriel	81
López	83
Don Celso	86
Don Cándido	89
Jacinta	92
Epílogo para mayo	95

UN HOMBRE LLAMADO JOSÉ

Pórtico para decir unos versos	98
María Luisa	
I La pienso cuando niña	101
II La pienso cuando amor	103

Sala de juego	105
Sonetos para apostar por un poeta	107
Seis o siete maneras de llorar por una madre	110
Testamento para dejar unos versos a un hijo	113

BUZÓN DE ALCANCE

La luz	116
Carta a mi infancia	117
Poema para un sordomudo	119
La hartura	122
La muerte olvidada	123
Encuentro	124

LA CLARIDAD COMPARTIDA

La luz en compañía	125
He aquí la piedra	126
Remontar esa edad	128
¿Quién es tan ruin?	131
Cada vez que en la noche	133
Hermoso es el silencio	135
Fiesta de vivir	137
Si alguna vez	139
Como la miel	141

LA NIEVE

La nevada	143
Postrimerías	146
La obsesión	148
Así, como jugando	151
Esa muerte pequeña	154
Agua estancada	156
Parasitología	158
Preparativos	161
La sed	163
El ruido	165
Sensiblerías	167
Esperando la nieve	169

MEMORIA DEL AMOR

Acto de fe	171
Prehistoria íntima	174
Otoño del amor	178

POEMAS DEL AMOR DE CADA DÍA

Umbral apasionado del amor	181
Relámpago de Dios	185

Obra poética
José María Fernández Nieto

POESÍAS

Almería, 1946

SIN PRIMAVERA

Colección Nubis. Palencia, 1946

AUNQUE ES DE NOCHE

Palencia, 1947

PAISAJE EN SANGRE VIVA

Colección Musa Nueva. Madrid, 1949

LA MUERTE APRENDIDA

Colección Halcón. Valladolid, 1949

A ORILLAS DEL CARRIÓN

Palencia, 1957

LA TRÉBEDE

Colección Alrededor de la mesa. Bilbao, 1961

CAPITAL DE PROVINCIA

Colección Ababol. Madrid, 1961

LA TRÉBEDE

Segunda edición. Colección Rocamador. Palencia, 1962

UN HOMBRE LLAMADO JOSÉ

Colección Ágora. San Sebastián, 1965

BUZÓN DE ALCANCE

Editorial Club de Prensa. Barcelona, 1966

LA TRÉBEDE

Tercera edición. Editorial Cla. Bilbao, 1968

VILLANCICOS PARA ZAMBOMBA Y TRANSISTOR

Palencia, 1969

GALERÍA ÍNTIMA

Colección El toro de granito. Ávila, 1972

LA CLARIDAD COMPARTIDA

Editorial Cla. Bilbao, 1972

MEMORIA DEL AMOR

Colección Rocamador. Palencia, 1973

LA NIEVE

Colección Provincia. León, 1974

POEMAS DEL AMOR DE CADA DÍA

Colección Rocamador. Palencia, 1982

NUEVE SONETOS EUCARÍSTICOS

Palencia, 1992

FULGORES DE ASCENSIÓN

Colección Rocamador. Palencia, 1993

Torre del Aire
P O E S I A

ISBN: 84-921734-7-5



9 788492 173471

12097

G-12097

ANTOLOGÍA
José María Fernández Nieto
Torre del Aire